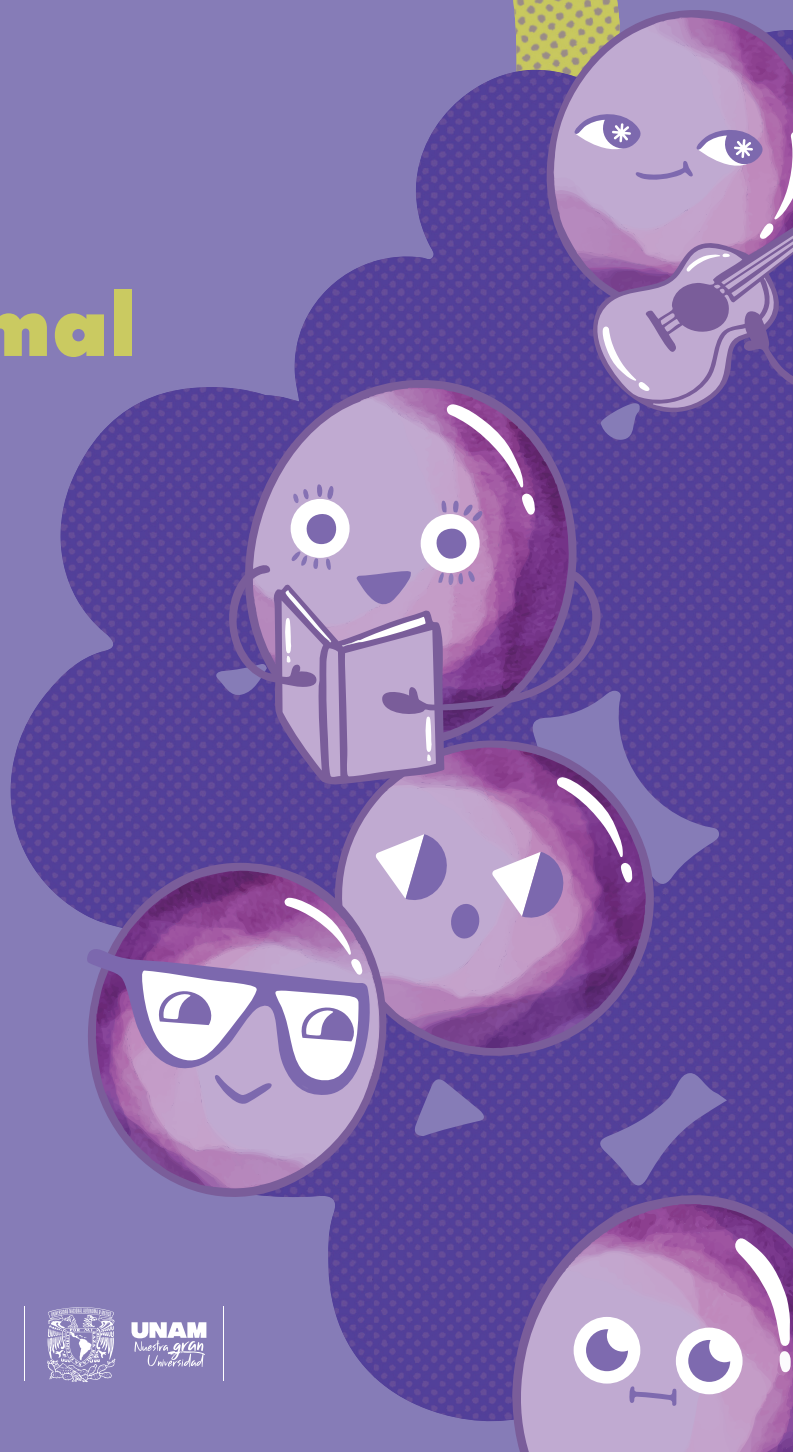


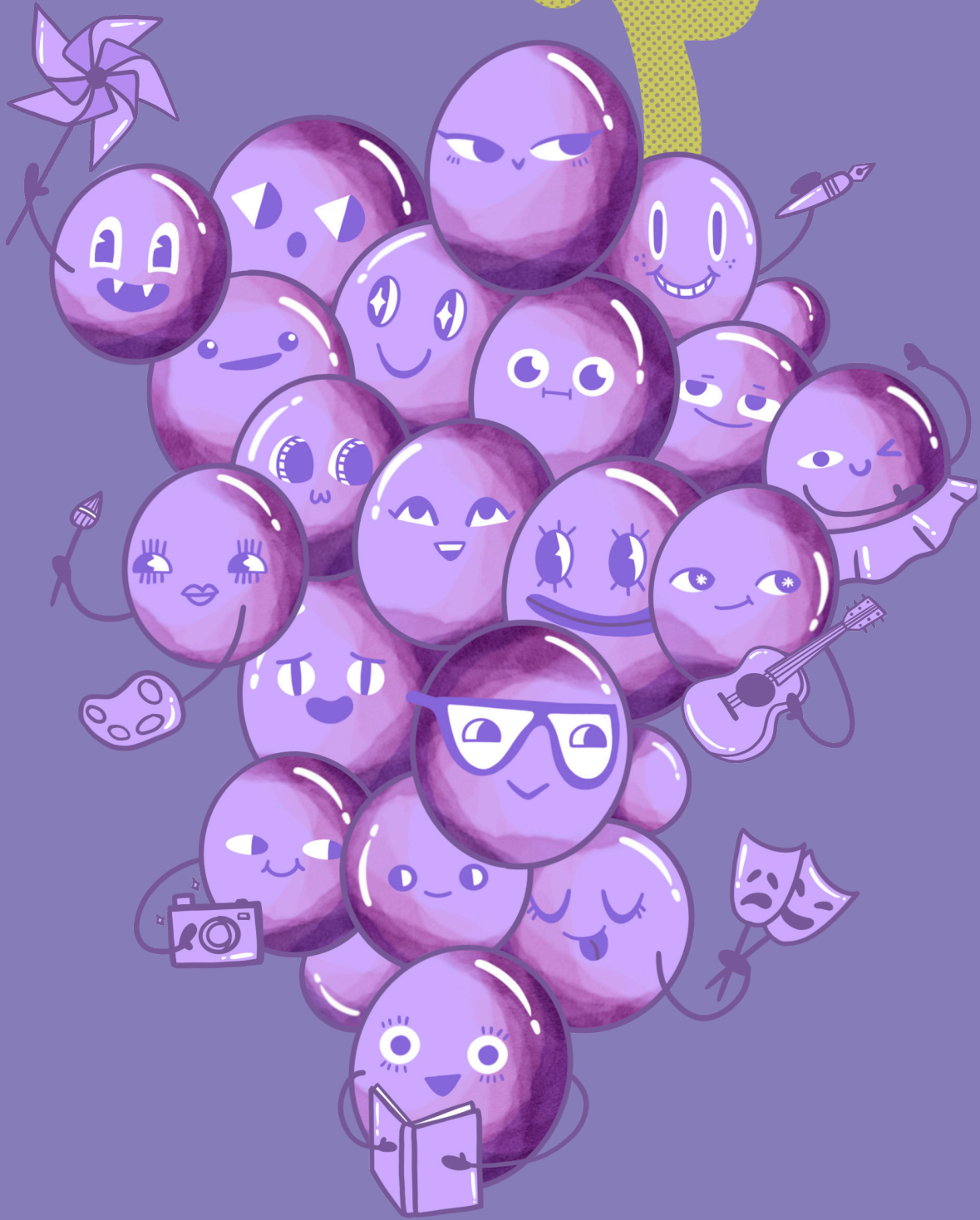
UNVA

El impacto de la educación no formal en las artes:

*XV años de la
Unidad de Vinculación Artística*



unway



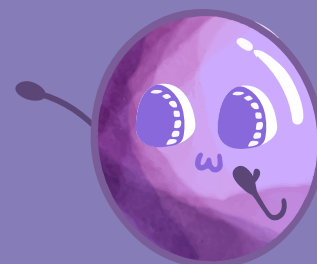
El impacto de la educación no formal en las artes:

XV años de la
Unidad de Vinculación Artística



Autorxs:

L. Susana González
Marcela Romero García
Maria D. Franco
Laura Sánchez Barraza
Sandra Milena Gómez
Enrique Rangel
Miguel Santos
Sara Gabriela Armenta Duque
Selene Gómez
Daniel Jaime Guadalupe
Griselda Monserrat Granados Rincon
Adriana Segovia Castañeda
Ada Yadira Páez Aguilar
Lya Guilliem Díaz Mercado
María Elena Valadez Aguilar
Óscar G. Hernández
Lya Díaz Mercado Nagore
Hugo Martín Flores Hernández
Sara Delgado Soto
Alma Yuridia Rangel Güemes



*El impacto de la educación no formal en las artes:
XV años de la Unidad de Vinculación Artística*

Edición electrónica: Diciembre, 2025

D.R. © 2025 Universidad Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, México,
Ciudad de México. Centro Cultural Universitario
Tlatelolco. Ricardo Flores Magón Nonoalco-Tlatelolco,
Cuauhtémoc, C.P. 06900, Ciudad de México.
<https://tlatelolcounam.mx>

E-ISBN:978-607-642-364-6

Textos introductorios: Jacobo Dayán Askenazi, Diana
Eréndira Reséndiz Guerra

Autores: Lilia Susana González Gutiérrez, Marcela
Guadalupe Romero García, María Dolores Franco
Delgado, Laura Sánchez Barraza, Sandra Milena
Gómez Cabarcas, Enrique Rangel Aranda, Miguel
Alejandro Santos Díaz, Sara Gabriela Armenta Duque,
Haidé Selene Gómez Zárraga, Daniel Jaime Guadalupe,
Griselda Monserrat Granados Rincon, Adriana
Guadalupe Segovia Castañeda, Ada Yadira Páez
Aguilar, Lya Guilliem Díaz Mercado, María Elena Valadez
Aguilar, Óscar Guillermo Hernández Sánchez, Lya Díaz
Mercado Nagore, Hugo Martín Flores Hernández,
Sara Delgado Soto, Alma Yuridia Rangel Güemes

Notas finales: Asunción del Carmen Pineda Jiménez y
Áurea Xaydé Esquivel Flores

Edición: Diana Eréndira Reséndiz Guerra
Coordinación: Paola Zavala Saeb y Áurea Xaydé
Esquivel Flores
Asistencia editorial: Asunción del Carmen Pineda
Jiménez, Abril Cázares, Erika Sofía García García,
Valentina De la Guerra Torres
Corrección de estilo: Áurea Xaydé Esquivel Flores,
Sandra Paola Sarabia Jasso
Portada e ilustraciones: Paulina Hernández Pérez
Diseño y formación de interiores: Jose Antonio Herrera
Ponce
Diseño web: ALV Studio

Ciudad de México, diciembre de 2025

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida
la reproducción total o parcial por cualquier medio sin
la autorización escrita del titular de los derechos
patrimoniales.

Universidad Nacional Autónoma de México

Leonardo Lomelí Vanegas | Rector
Patricia Dávila Aranda | Secretaria General
Tomás Humberto Rubio Pérez | Secretario Administrativo
Rosa Beltrán Álvarez | Coordinadora de Difusión Cultural

Centro Cultural Universitario Tlatelolco

Jacobo Dayán Askenazi | Director General
Carlos Jiménez Guadarrama | Jefe de la Unidad Administrativa
Yuridia Rangel Güemes | Secretaria de Planeación
Paola Zavala Saeb | Subdirectora de Vinculación y Comunidades
Alesha Mercado Bresserer | Subdirectora Académica
José Luis Balderrama | Jefe del Departamento de Publicaciones

Unidad de Vinculación Artística

Diana Eréndira Reséndiz Guerra | Coordinadora
Asunción del Carmen Pineda | Secretaria Académica
Áurea Xaydé Esquivel Flores | Biblioteca Alaíde Foppa
Mario Rodrigo Castro Flores | Producción y Logística
Marco Erick Salas de la Rosa | Sistemas
Claudia Barrera Hernández | Auxiliar administrativo
María Valentina Ruiz Ávila | Apoyo secretarial
Marcelino Gutiérrez Gutiérrez, Martha Martínez Hernández
y Talía Betsabe Sánchez Romero | Bibliotecarixs

El impacto de la educación no formal en las artes:

*XV años de la
Unidad de Vinculación Artística*



ÍNDICE

- 9 **Presentación** | Jacobo Dayán
- 10 **Prólogo** | XV años de la Unidad de Vinculación Artística:
10 puntos de celebración de educación artística y
convivencia | Diana Eréndira Reséndiz
- Testimonios y reflexiones**
- 14 **Soy Generación Cero de la UVA** | L. Susana González
- 17 **Traje de cantera rosa** | Marcela Romero
- 19 **El arte de materner: una experiencia sorora en la UVA** |
María D. Franco
- 22 **Ajos y cebollas** | Laura Sánchez Barraza
- 25 **Ser, habitar, sostener: una pedagogía encarnada
(Educación no formal desde el cuerpo en la UVA)** |
Sandra Milena Gómez
- 29 **Lectura entre surcos** | Enrique Rangel
- 31 **Algo más que un ciclo troyano** | Miguel Santos
- 34 **El crecimiento de una uva** | Sara Gabriela Armenta Duque
- 36 **UVITA de mi corazón, cómo me has cambiado la vida** |
Selene Gómez

- 38 Reflexiones sobre el impacto de la UVA en las personas que formamos parte de ella | Daniel Jaime Guadalupe
- 41 UVA Maternidad | Griselda Monserrat Granados Rincon
- 43 Memorias de una tallerista de danza | Adriana Segovia Castañeda
- 46 UVA Hogar y familia | Ada Yadira Paéz Aguilar
- 49 XV años y sus muchas formas para poder compartir | Lya Guilliem Díaz Mercado
- 52 La UVA en mí | María Elena Valadez Aguilar
- 55 ¿Sabes quién sí me caga, we? | Óscar G. Hernández
- 59 En total sintonía | Lya Díaz Mercado
- 63 Imaginarte | Hugo Martín Flores Hernández
- 66 La UVA mi segunda casa | Sara Delgado Soto
- 68 Metamorfosis de UVA | Alma Yuridia Rangel Güemes

Epílogo

- 72 La no escuela: Unidad | Asunción Pineda
- 74 Biblioteca Alaíde Foppa: un híbrido comunitario | Áurea Xaydé Esquivel Flores



Presentación

Cuando fue inaugurado el Centro Cultural Universitario Tlatelolco (CCUT) —como espacio para la memoria, la defensa de los derechos humanos y el ejercicio de los derechos culturales para las personas habitantes de la zona norte de la Ciudad de México— fue prioritario asentarse en el territorio tlatelolca dialogando, desde las artes, con la población vecina. Se vislumbró, entonces, la creación de la Unidad de Vinculación Artística (UVA) como uno de los núcleos del CCUT desde donde las personas, sin importar su edad, habilidades e intereses, convivieran a partir de la enseñanza no formal de las artes. Desde su apertura el 9 de septiembre de 2010, la UVA ha impartido más de 2,000 talleres programados a lo largo de 30 ciclos semestrales y ha formado a más de 27,000 personas en diversas disciplinas artísticas y saberes. En la comunidad de la UVA, en el sabor que cada persona comparte para conformar esta Unidad, se cumple, sin duda, la función sustantiva de la extensión de la cultura y el compromiso de la Universidad Nacional Autónoma de México para la atención de la sociedad en general.

Con esta publicación celebramos los quince años de vida de la UVA, espacio consolidado para la educación artística no formal desde un entorno comunitario. Talleristas, estudiantes y administrativos comparten sus testimonios y trayectoria, desde el pensamiento, la memoria y las emociones y reflexionan sobre el impacto que ha tenido la educación artística en su historia de vida. A lo largo de cada texto, se descubre cómo un espacio para la enseñanza artística ha conformado una comunidad que expande su práctica hacia sus ámbitos personales y privados que suman a la construcción de paz.

¡Larga vida a la UVA!

Jacobo Dayán
Director General

XV años de la Unidad de Vinculación Artística: 10 puntos de celebración de educación artística y convivencia

El 9 de septiembre de 2025 la Unidad de Vinculación Artística del Centro Cultural Universitario Tlatelolco cumplió quince años de vida como espacio dedicado a la educación artística no formal desde un entorno comunitario. Cada año imparte dos ciclos de talleres abiertos para todo público organizados en paralelo a los semestres escolares.

¿Por qué celebramos los XV años?

La tradición de la fiesta de quince años, de la “Quinceañera”, tiene origen en los ritos de paso de la infancia a la pubertad de los pueblos originarios aderezados con la carga e influencia patriarcal europea (el vals y el pomposo vestido, cortesía de Carlota y Maximiliano de Habsburgo), que se volcaron en el cuerpo femenino y los roles de género impuestos. La postmodernidad, el barrio, lo kitsch, suma a la fiesta los sueños, la alegría, responsabilidades, límites y libertades propios de la juventud. En la UVA, pensamos este paso, este crecimiento a lo largo de los años, a partir de puntos clave que sin duda merecen ser celebrados:

1. Que desde el territorio Tlatelolca, con toda su memoria y carga histórica en el norte de la Ciudad de México, la UVA es un referente universitario para el ejercicio de los derechos culturales de cualquier persona sin importar su edad o condición social, principalmente, de lxs habitantes de Tlatelolco, del norte de la Ciudad y la zona conurbada, donde los espacios culturales públicos y privados son insuficientes. Creada en 2010, durante la gestión de Sergio Raúl Arroyo y bajo la coordinación de Ignacio Plá, la UVA lleva a cabo una de las funciones sustantivas de la Universidad: la extensión de la cultura.
2. Que el placer por aprender, crear y descubrir el mundo desde la voluntad y gozo alegre es una capacidad humana que se multiplica y fomenta que las personas sean más auténticas, felices y libres, y, por tanto, sean agentes para la construcción de paz a su alrededor. Por sus aulas (que antes fueron las instalaciones de la guardería de la Secretaría de Relaciones Exteriores) han pasado más de 20,000 personas que acuden de manera voluntaria, con gozo y entusiasmo, a iniciarse, formarse o expandir su práctica artística entre disciplinas y sus cruces.
3. Que en la UVA conviven y comparten espacios educativos tanto niñxs pequeñxs hasta adultxs mayores, en un marco de diversidad de voces e intereses, inclusión de perspectivas y niveles de conocimientos en las artes. Para cada etapa de vida, la UVA ofrece talleres que responden a las categorías

artísticas por excelencia: danza, teatro, música, literatura, artes visuales, cine; además de propuestas para el desarrollo del cuerpo y su bienestar, la ecocultura y la tecnología.

4. Que las personas que acuden a la UVA, en su pluralidad de edades, contextos, intereses y conexiones con el arte, distancia o cercanía a Tlatelolco, conforman una comunidad viva, un racimo de uvas en analogía con las siglas de nuestra Unidad, donde se disfruta y pone a prueba la complejidad de lo común antes del interés personal.
5. Que en la práctica pedagógica desde la no formalidad, a través del taller como medio de creación autoral e investigación en sí mismo, se desarrollan artistas docentes con metodologías inter, multi y transdisciplinarias.
6. Que la investigación sobre la educación artística no formal se vuelve imprescindible, por lo que publicamos libros escritos por lxs talleristas en los que reflexionan sobre sus procesos y hallazgos como centro de su práctica artística.
7. Que la UVA cuenta con la Biblioteca “Alaíde Foppa” (BAF) —recientemente incorporada al Sistema Bibliotecario de la Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información UNAM—, la primera biblioteca comunitaria de nuestra universidad, donde se ofrece un espacio seguro y de cuidado para lxs usuarixs con base en un programa público orientado a la apropiación del espacio y recursos bibliotecarios y al reconocimiento y mediación de la lectura en sus múltiples manifestaciones más allá del objeto-libro entre diferentes tipos de usuarixs. Una Estación de Lectura (formada en colaboración con el Fondo de Cultura Económica) para el público infantil, una Zona de Narrativa Gráfica con cómic, historieta, manga, fanzines y una ludoteca forman parte especial de un acervo general que comprende más de 6,000 ítems. Desde el 2021, con apenas dos años de existencia y por su sólida red de consulta entre especialistas, la BAF es cuerpo nominante del Premio Memorial Astrid Lindgren (ALMA), prestigioso premio internacional para autores, ilustradores, narradores y promotores de lectura de literatura infantil y juvenil de todo el mundo
8. Que se promueve la inclusión, la perspectiva de género y el cuidado, sobre todo, de personas de comunidades vulnerables, al contar con talleres especializados y materiales para la sensibilización, además de tener alianza con diferentes organizaciones civiles para recibir a personas migrantes, recién liberadas, en situación de calle o de la comunidad LGBTTTIQ+.
9. Que, como parte de los Laboratorios de paz del CCUT, participa con los programas #UVAVA y #BiblioVA, que cuentan con proyectos *in situ*, bajo el formato de taller y sesiones de orientación, con el fin de vincularse con comunidades con pocas oportunidades de ejercer su derecho a la cultura como personas privadas de su libertad, mujeres trans que han sufrido violencia o migrantes refugiadxs por desplazamiento forzado con las artes.

10. Que la UVA ofrece una programación continua de actividades culturales para la vinculación de su comunidad con: teatro, exposiciones, danza, performance, intervenciones plásticas, encuentros, conversatorios, programas de radio, fandangos, lecturas, bailes, entre otros.

Para conmemorar este aniversario imaginamos escribir en colectivo un libro entre las personas que hemos participado en el proceso vivo de una comunidad que encuentra en las artes el poder transformador de lo cotidiano en algo trascendente. Por medio de una convocatoria abierta invitamos a reflexionar sobre el impacto que ha tenido la educación no formal impartida en la UVA, reconociendo su poder de agencia y del ejercicio de los derechos culturales que, en este caso, promueve la Universidad. En este libro se concentran testimonios, memoria e investigaciones del trabajo que se ha realizado en la UVA y que, más allá de la creación artística, ha dejado huella en las historias de vida de quienes formamos parte de esta comunidad compleja y amorosa.

¡El sabor de la UVA lo ponemos todxs!

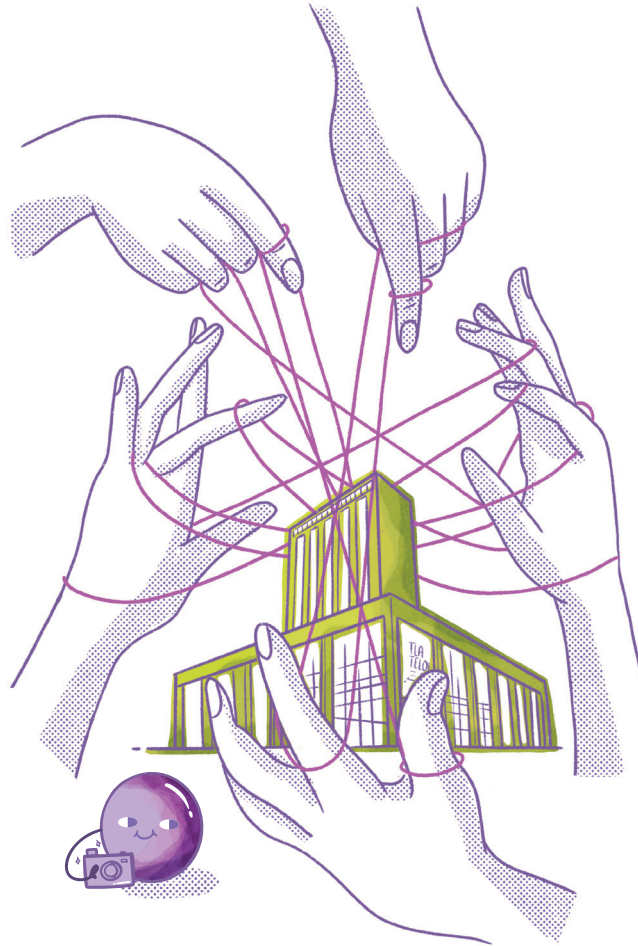
¡Felices 15 años de impartir talleres artísticos desde el corazón de Tlatelolco!

Diana Eréndira Reséndiz
Coordinadora de la UVA



Testimonios y reflexiones





Soy Generación Cero de la UVA

L. Susana González

Desde 2005, año en que el Gobierno Federal donó a la UNAM las instalaciones de lo que fue la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), yo esperaba con ansias que inauguraran lo más pronto posible el nuevo Centro Cultural.

Cuando se dio la noticia, llevaba diez años viviendo en el “Tres Veces Heroico Tlatelolco”, como yo lo llamo (“Heroico” porque sigue en pie pese a los trágicos hechos históricos y muertes masivas registradas en tres momentos: en 1521 con la conquista española; en 1968 con la masacre de estudiantes y en 1985 con el terremoto que devastó la Ciudad de México). Si ya me parecía un honor vivir en un lugar tan lleno de historia, céntrico y con un diseño arquitectónico único, tener a la UNAM cerca con un Centro Cultural, y a unos metros de mi edificio “Chiapas” (pegado al Tecpan y al mural de Siqueiros), terminó por ser fenomenal.

Claro que muchos hubiéramos querido que ese proyecto se pusiera en marcha de inmediato, pero no fue así, porque la torre y las instalaciones adicionales de lo que fue la Cancillería (como el CENDI o guardería de los hijos de los trabajadores, hoy sede de la UVA), tenían que ser revisados, reconstruidos o habilitados para cumplir con sus nuevas funciones. Yo pasaba por la torre preguntándome y preguntando a quien pudiera cuándo estaría listo todo.

La UNAM puso en marcha cursos de computación y de idiomas, antes de que iniciaran las actividades culturales o artísticas o que se inaugurara el Museo Memorial del 68. No estaba mal, pero no era lo que esperaba.

Cuando por fin se inauguró la Unidad de Vinculación Artística y arrancaron sus talleres, no sólo me puse muy feliz, sino que, estoy segura, comenzó una historia de pleno gozo y desarrollo para todo aquel habitante de Tlatelolco que se inscribió en alguno de los cursos de la amplia oferta cultural, artística, de ejercitamiento físico y de oficios que ofrecía. La cartelera, nos consta, se amplía, diversifica e innova cada ciclo. Fui de l@s primer@s alumn@s de la UVA. Formé parte, sin saberlo, del Ciclo o Generación Cero (me enteré de ello muchos años después, porque creí que formaba parte del Ciclo 1). Las estadísticas las tiene la UVA, pero seguramente son miles y miles de personas —enormes racimos en cada ciclo— que nos hemos beneficiado de este magnífico proyecto que impulsó y sigue manteniendo la UNAM para brindar arte y cultura a la población de la ciudad, y no sólo a quienes residen o llegamos a residir en Tlatelolco.

El prestigio de la UVA y la satisfacción que dejan sus talleres, sus maestros, sus trabajadores y toda la comunidad que se ha formado en tres quinquenios traspasa las fronteras de la zona, porque he conocido compañeros que provienen de lejanas colonias del oriente, poniente y sur de la ciudad o incluso hasta de municipios mexiquenses, sin importar que tengan que recorrer grandes distancias o invertir mucho tiempo. Este también es mi caso, porque si bien dejé de vivir en Tlatelolco poco después de que abrió la UVA, regresé al Ciclo 27 en 2024.

Mi retorno fue primero a dos talleres en línea (modalidad que nació por la pandemia y se mantuvo); el primero fue “La ciudad al desnudo: escritura para paseantes” con Josué Ramírez, un excelente profesor que ayuda a cualquiera a escribir de la forma y el género que quiera; el segundo fue para retomar la misma disciplina con la que conocí la UVA, la narración oral, porque yo cursé el taller “El Gozo de Contar Cuentos” en el Ciclo 0 y lo repetí en el Ciclo 1 con Marcela Romero, la cual es ya toda una institución sobre el tema a nivel nacional e internacional, y, sin duda, pilar de la UVA porque en estos quince años se ha mantenido como formadora incansable de nuevos cuentacuentos.

El reencuentro con la UVA y con Marcela, desde su taller “Creación de repertorio para narradores”, fue exultante. Pese a la comodidad que implica tomar

los talleres en línea (que son pocos), no me fue suficiente y al siguiente ciclo decidí recorrer media ciudad para tomarlo de manera presencial. A la par cursé otro en línea del que aprendí una barbaridad “Hombres en reconstrucción”, con Carlos Montero (me precio de ser la única mujer que lo cursó antes de que, tristemente, lo quitaran).

Para este Ciclo 30 —el del Aniversario 15 de la UVA—, más de veinte compañeros nos reinscribimos una vez más en el taller de la maestra Marcela. También estoy en el de canto con la maestra Nicté Espíndola, porque uno puede inscribirse a cuantos talleres quiera, a costos muy por debajo de cualquier otro lugar.

Ese es el gran aporte de la UVA: la oportunidad que da a quien sea, sin importar edad, grado académico o condición social, para gozar, autodescubrirse, explorar y atreverse a incursionar en cualquier actividad artística; de ser protagonistas de la escritura, la narración oral, el baile, el teatro, la música, el canto, el rap, la fotografía, el cine y muchas más, además de todas las disciplinas para el autocuidado corporal. Aquí ha sido posible dejar atrás el papel de espectador en el que la mayoría nos colocamos por considerarnos ajenos al arte por creer que no teníamos talento o cualidades necesarias para desarrollar algo que nos gusta, porque nos daba pena o porque nos clavamos en un trabajo y rutina, olvidándonos de mirar siquiera la veta artística que todos tenemos y que, al final de cuentas, es esencial, integral y detonadora del crecimiento y la felicidad de cualquier ser humano, pero que se anulan porque no son redituables para los sistemas políticos y económicos.

No dudo que algunos de esos racimos egresados de la UVA se convertirán en artistas muy talentosos, profesionales y de tiempo completo; la mayoría quizá sólo seremos aficionados, pero al explorar y desarrollar esa parte artística, nos sensibilizamos y nos transformamos en mejores seres humanos. Llegar a las instalaciones de la UVA siempre es un gozo (parafraseando el nombre del taller de Marcela), queda de lado cualquier problema, distancia o tiempo que enfrentemos para trasladarnos, porque el ambiente es cordial y, por supuesto, artístico, ya que mientras en un salón bailan, en otro cantan, en uno más actúan o cuentan cuentos, o bordan o bien hacen radio, dibujo, fotografía, etc.

La UVA, de la grandiosa UNAM, genera comunidad y lazos entrañables en cada taller que siempre se extienden hacia afuera, como hacen los narradores formados por Marcela Romero que cuentan donde quiera. Así que no nos queda más que desear una larga vida a la UVA, su personal y maestros, y agradecerles todo lo que nos han dado, reviviendo el prestigio artístico y cultural que Tlatelolco ha tenido desde hace cinco siglos.



Traje de cantera rosa

Marcela Romero García

Tengo una adivinanza para ustedes, lectores, a ver si saben a qué me refiero: Soy muy joven y estoy de cumpleaños. Mi traje de cantera es elegante. He vivido muchas experiencias y quienes trabajan en mis espacios inventan nuevas actividades para celebrarme. Yo no estaba cuando esto era un mercado muy importante, ni cuando construyeron la iglesia de Santiago; no, yo aparecí como la parte moderna de este espacio histórico: la Plaza de las Tres Culturas. ¿Sabes por qué le dicen así? Bueno, aquí se juntan los tres espacios históricos: lo prehispánico, lo virreinal y lo moderno... ¿ya adivinaron quién soy?

Tengo nombre de fruta... soy, soy, sí, sí, la UVA, la Unidad de Vinculación Artística.

Bueno, ahora voy a dejar que una de mis amigas, de las que más tiempo lleva trabajando aquí, les cuente cómo llegó y qué tal le ha ido.

Hola, me llamo Marcela y les quiero contar que desde que tengo doce años he vivido en esta plaza momentos importantes de mi vida. Mi madre trabajó aquí y posteriormente inicié mi ejercicio profesional de mi primera carrera, hace quince años me invitaron a dar clases como narradora oral (mi segunda carrera) y me pareció un gran regalo, una manera hermosa de regresar.

Hoy me pongo el traje de cantera rosa para celebrar y lo imagino como un traje parlanchín. Si la piedra de este lugar hablara, nos contaría historias del México antiguo, de diplomáticos conociendo la política exterior de México, las luchas de los jóvenes que exigían y exigen paridad en el trato, las lágrimas de madres huérfanas de sus hijos y los diferentes grupos que han reconocido el valor del espacio para expresar sus diferencias con respecto a lo que ocurre.

Hoy me pongo mi traje de cantera rosa y echo a andar su magia. Conforme habla, dibuja magníficos mundos que se han armado en la Unidad de Vinculación Artística, aquellos bordados, bailarines aéreos colgando de los grandes lazos de tela, amables y enérgicos danzantes de capoeira, magos, tambores rítmicos, narradores de historias y mucho más. Hoy el traje rosa de cantera abraza a quien se acerca, muestra todas las opciones que ofrece, su espacio se abre y espera paciente.

Aquí imparto la clase más hermosa de todas las que he dado, enseño a las personas a contar cuentos, a inventar imágenes y a crear espacios.

Aquí nos permitimos viajar con nuestra imaginación. En este espacio puedes ser lo que quieras ser, puedes crear otra vida en la que cumplas todo lo que siempre has querido, recordar tiempos pasados y soñar con los ojos abiertos.

Ven, aquí te esperamos.



El arte de materner: una experiencia sorora en la UVA

María D. Franco

Soy alumna de la UVA. Desde el Ciclo 0 tuve la oportunidad de gozar de la amplia oferta de talleres que tiene; aprendí taichí, salsa, tango y yoga dinámica y expresiva. De esta última clase, la maestra era extranjera, estaba embarazada, era madre soltera y no tenía familia que la apoyara, por lo que —con apoyo de la Coordinación—, en cuanto nació su pequeña hija Luna, la trajo con ella a impartir las clases. Me tocó ver la ternura de una mamá con su hija en un fular, haciendo su mayor esfuerzo por materner y generar ingresos, presencié la solidaridad de las alumnas que ayudamos cuando se requería, conocí la intolerancia de compañerxs egoístas que se quejaban y me tocó verlas salir de clase por la noche con lluvia e irse solas en camino al metro. Al final, la maestra abandonó y volvió a su país para materner con el apoyo de su familia. Esta experiencia me hizo cuestionarme en cuanto a varios temas:

1. ¿Dónde quedan los hijos cuando la mamá trabaja?
2. ¿Por qué son contadas las excepciones laborales dónde se permite criar de manera cercana?
3. ¿Por qué nos hemos radicalizado como sociedad y no hay lugar para las mamás y menos para las infancias?

Pasaron algunos años, la vida me sorprendió y me convertí en madre a los 42 años (¡como Salma Hayek!) en una situación diferente porque yo estaba en mi país, contaba con el apoyo de mi esposo y mi familia. Fue ahí donde caí en la cuenta de que, para materner, una madre necesita una tribu y, al mismo tiempo, maternarse a ella misma. Revisé de forma concienzuda todas las técnicas de crianza que mi mamá empleaba conmigo para decantar cuáles sí y cuáles no iba a ocupar, porque, para mí, la idea en un principio era trascender historias y establecer mi propia forma de materner.

Pienso que una de las grandes deudas que tenía con mi madre era mi vinculación con las artes; creo que si hubiera tenido un acercamiento temprano a ellas, habría desarrollado una pasión adicional además de mi profesión, pero en mi época bastaba sólo con ir a la escuela, ¿cómo es posible que sólo recuerde una canción de flauta? Fue así que inició mi búsqueda, no por talleres de estimulación temprana (porque en mi opinión no existe mayor estimulación que ser atendida en tu casa como reina al 100% por tu mamá) sino por acercamientos tempranos a las artes.

La búsqueda fue difícil porque, tristemente, en México hay pocos docentes que apuestan por educar a las infancias en edades tempranas, pero en la UVA encontré un taller para su iniciación musical, un taller de flamenco para su comienzo en la danza... y después de ahí encontré mucho más. A sus nueve años, mi hija Lorenza Romina es una joven promesa para México; en su currículo ha sumado conocimientos de capoeira, ha sido *youtuber*, ha rescatado la memoria de los juguetes tradicionales, ha hecho creaciones monstruosas con sentimientos, ha practicado yoga con cuentos, y actualmente arranca con su iniciación al cómic.

Esto ha reconfigurado a la persona que estoy maternando, porque ella no concibe su vida sin que el arte esté presente. Mi hija tiene en mente ser Presidenta de México pero una que pinte, baile, cante y toque el violoncello. A su corta edad, su obra plástica es seleccionada cada año en los concursos escolares para ser exhibida. Además, cuando identifica cambios en sus emociones (propios de su edad), lo único que me pide es: "Mami dame de tiempo de pintar..." y con ese espacio encuentra su balance de nuevo. En mi experiencia, cada niña y niño mexicano debería tener un acercamiento a las artes donde exploten su creatividad y puedan reconfigurar sus ilusiones, sanarse del contexto y reinventarse con su grandeza.

Cada fin de curso, mi plegaria a la UNAM es que amplíe la oferta porque la verdadera inclusión pasa, sin lugar a dudas, por la democratización de la pre-

sencia de las artes en las infancias, sin ello estamos condenados a la pérdida de nuestra identidad y memoria.

Y es que ser una madre que materna con la UVA, como parte de su tribu, es una experiencia sorora, solidaria y amorosa, porque gracias al espacio de contención que tenemos en ella, tenemos la certeza de que el futuro siempre será mejor y que mi hija sólo podrá a desplegar sus alas al viento... ¡a volar muy alto!

¡¡¡Felices 15 años!!! Y, si por sus frutos se dan a conocer, en los ojos de mi hija los podrán reconocer.



Ajos y cebollas

Laura Sánchez Barraza

Hace muchos ayeres, mientras cocinaba, mi hijo David me comentó que en la Unidad de Vinculación Artística de Tlatelolco (UVA) darían un taller de “Abuelos cuentacuentos” [“Abuelos lectores y cuentacuentos”].

—¿Te gustaría participar? Es para mayores de cincuenta años y, lo mejor, es gratis— me dijo.

A mi mente llegaron mis nietas que en ese entonces tenían siete y cinco años; yo les leía cuentos y pensé que con ese aprendizaje se los leería mejor, así que le dije a mi hijo que me inscribiera. Tuve la suerte de ser aceptada. Las clases serían los martes por la mañana.

Entusiasmada llegué a mi primera clase, nos registraron conforme llegábamos y nos dieron un paquete que contenía una serie de copias con lecturas junto con una cálida bienvenida. El recinto era muy bello y amplio, fue una grata primera impresión. Edna (QEPD) era la coordinadora, una mujer madura, bella, elegante y amable.

Fuimos muchos participantes, el lugar se llenó. Comenzaron con las presentaciones de cada uno de los compañeros, la mayoría eran personas jubiladas que habían trabajado en el ámbito de la docencia. Mi corazón se iba apachurrando y me sentía empequeñecida, pues mi único título laboral era "Ama de casa"; yo no sabía nada, sólo sabía de ajos y cebollas. Me pregunté: "¿qué hago aquí?". Llegó mi turno de presentarme y mi autoestima se fue al suelo. Ni yo sé cómo me salió la voz para responder, sólo quería salir huyendo.

Comenzaron las lecturas. "¿Quién quiere leer?" Muchas manos se levantaron atropelladamente; la mía se quedó escondida. ¿Leer? Cuando leo en voz alta me da pánico escénico, me sudan las manos, la nariz, tartamudeo... ¡oh no! ¡No podré hacerlo nunca! Me fui a casa desmoralizada, ya no regresaría, estaba decidido.

Al llegar, mi hijo me hizo la inevitable pregunta: —¿Cómo te fue?—.

No podía responderle que me había sentido perdida en un mundo de personas inteligentes, así que sólo le respondí que bien y, entusiasmada, le mostré lo que me habían obsequiado. No quería defraudarlo, así que, arrastrando los pies y sintiéndome derrotada, regresé el siguiente martes.

Mientras mis compañeros hacían algunos ejercicios y leían, yo observaba cómo lo realizaban y en mi mente acomodaba mis ideas. No leas rápido, haz pausas para que no te veas nerviosa, por el momento no levantes la mirada para que no te pierdas en las letras. Llegó mi momento de leer; mi corazón latía al mil, respiré profundo y me aventé al ruedo. No me salió nada mal, comencé a recuperar un poquito de autoestima. Ya no abandonaría el taller.

En casa practiqué el ejercicio que nos recomendaron de poner un lápiz en la boca y leer trabalenguas. Mi nieta Vania se interesó en lo que estaba haciendo y de pronto ya estábamos las dos riendo y jugando con el ejercicio.

En otra ocasión, le comenté a Edna que mi nieta de siete años leía muy bonito, a lo que ella dijo: —Tráela—.

Pedí permiso en su escuela y nos fuimos a la UVA. Edna la presentó y, en cuanto terminó de leer, fue ovacionada, les causó una gran impresión y los compañeros opinaron que leía mejor que todos nosotros, lo cual era verdad.

Se venía el cierre del curso y teníamos que leer un texto. Yo me apropié de uno, lo estudié, entré en el personaje y a la hora de leerlo, atrapé a todos con mi lectura. Me felicitaron y yo me di cuenta que sí era capaz de estar a la altura de mis compañeros. Después Edna me abordó y me comentó que yo había sido elegida para el cierre del taller. ¡¿Qué?! ¡La que sólo sabe de ajos y cebollas estaba lista para estar en el cierre! En ese momento me di cuenta de que sí podía lograr lo que me proponía. Edna después me preguntó: —¿Lo lees tú o lee tu nieta? —Mi respuesta inmediata fue: Que lea mi nieta.

Tiempo después, en 2019, llegó a mis manos la publicación de la UVA de los próximos talleres. Muchos atrajeron mi atención, pero entré a “Crónicas y relatos de vida para mayores de cincuenta años” (hoy, ese taller cambió de nombre a “Fotografía detonadora de recuerdos”). Pensé que sólo con tener un bolígrafo y una hoja en blanco era suficiente para comenzar a escribir, esa idea me la vendí para atreverme a hacerlo.

Llegamos al salón seis participantes: dos hombres y cuatro mujeres. Nos presentamos y ya no me dio pánico saber que algunos de ellos eran profesionales, aquí sí podía hacer una crónica sobre ajos y cebollas. Mi primer escrito...horrible. El que le siguió se fue por el mismo rumbo. ¡Auxilio! Esto no era lo que yo esperaba. Los textos de mis compañeros eran maravillosos, ¿por qué no me salía escribir así? La vergüenza se apoderó nuevamente de mí, ya no quería leer lo que escribía. A pesar de ello, la maestra, siempre tan amable me decía: —Muy bien, Laura. —Pero yo sabía que no era verdad.

No me rajé y seguí intentándolo. En el fin de curso participamos con un cuento de navidad de nuestra autoría. Le puse todo mi empeño y las cosas empezaron a mejorar. Mi texto se llamaba “Una rama navideña” y era una crónica de mi infancia, donde yo veía a mi abuela arrastrando una rama seca que se encontraba en el campo y con ella hacía su propio árbol de navidad. No sólo lo leí, también lo actué, ¡me atreví a hacer eso! Al final me aplaudieron y yo, con un suspiro, di por terminada mi participación en ese fin de curso.

Me volví a inscribir en el siguiente ciclo. Llegó la pandemia y con ella la comodidad de tomar el taller por Zoom desde casa. Ya escribo menos horrible, mi maestra me da la confianza para seguir aprendiendo. Este taller ha sido un gran refugio para contar mis historias, he conocido personas maravillosas que se han convertido en parte de mi vida.

Estoy muy agradecida porque la UVA ha hecho crecer a Laura Sánchez Barraza. Ahora tengo más historias que contar y sé que de ajos y cebollas también se puede escribir.



Ser, habitar, sostener: una pedagogía encarnada (Educación no formal desde el cuerpo en la UVA)

Sandra Milena Gómez

La Unidad de Vinculación Artística (UVA), fundada hace quince años en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco, ha sido un laboratorio pedagógico, sensible y comunitario, donde la práctica artística se entiende como una forma de conocimiento. Habitar un cuerpo también es habitar una memoria y, cuando ese cuerpo se mueve en un territorio como Tlatelolco, esa memoria se multiplica, se vuelve palimpsesto de múltiples historias sociales, afectivas y políticas. En este contexto, hablar de educación no formal no es simplemente referirse a métodos alternativos, sino a una práctica situada que reconoce la potencia de los cuerpos como universos de archivo, de posibilidad y de lenguaje.

En este espacio nace el taller “Ser presente: cuerpo, gravedad y ligereza”, el cual ha encarnado durante más de una década los principios de una educación

que se construye desde la experiencia, la escucha y la relación con todos los elementos de su entorno. Realizar un taller así en Tlatelolco no es un acto neutral; la carga simbólica y política del lugar —escenario de una de las masacres más significativas de la historia reciente de México, espacio de luchas estudiantiles, sitio arqueológico, unidad habitacional y territorio vivo— convierte cada gesto corporal en una forma de inscripción y resistencia. En este sentido, la educación no formal que se practica en la UVA también es un ejercicio de memoria; el cuerpo recuerda lo que la historia oficial a veces borra. La gravedad no sólo se siente en los músculos, también en las ausencias; la ligereza, por su parte, no es evasión, sino apertura, una posibilidad de imaginar otros futuros habitables.

El taller propone una recuperación del cuerpo como lugar de conciencia y transformación y las sesiones no están estructuradas en torno a metas fijas, sino a procesos abiertos donde lo que emerge tiene el valor de lo espontáneo, de lo colectivo y de lo situado. Esta forma de aprender (y de desaprender) resulta profundamente política en un contexto marcado por la verticalidad institucional y el olvido sistemático. Aquí, la educación no formal, lejos de ser un residuo del sistema educativo tradicional, es una forma de conocimiento con metodologías propias, horizontales y afectivas. En la UVA, esta forma de aprendizaje ha sido puesta en práctica por medio de talleres, laboratorios y encuentros donde la creación artística no se enseña, sino que se practica como forma de vida compartida.

“Ser presente...” es un claro ejemplo de lo dicho, pues aquí el cuerpo no es una herramienta subordinada al intelecto, sino el punto de partida para el pensamiento desde el movimiento, la atención a la gravedad, la búsqueda de ligereza y la conciencia corporal, en fin, el taller propone una pedagogía de la presencia. Estar presente no es sólo un acto físico, sino político e implica habitar el aquí y el ahora, sostener el momento de lo que somos con lo que pesa, con lo que duele, con lo que vuela y es gozoso. Este enfoque desafía la lógica productivista del aprendizaje convencional; en lugar de acumular conocimientos, se trata de activar una disposición al encuentro, al intercambio de saberes que no siempre se nombran, pero que se sienten, que circulan entre cuerpos en movimiento.

La práctica educativa que se desarrolla en el taller no se limita al cuerpo individual, sino que se articula en relación con otros cuerpos, otros tiempos, otros saberes. Esta relación se puede pensar, siguiendo a la artista y tejedora boliviana Elvira Espejo Ayca, como una crianza mutua, una forma de reciprocidad entre conocimientos, prácticas y modos de estar en el mundo. En lugar de una enseñanza vertical o unidireccional, se trata de un tejido dinámico donde cada persona, cada experiencia y cada saber aporta y recibe sin jerarquías fijas. Desde su crítica a la colonialidad del saber, Espejo propone dismantlar la noción de “educar” como una imposición de conocimiento sobre un “otro” considerado carente; en su lugar, plantea que los saberes artísticos, científicos,

ancestrales y sensibles, se crían mutuamente, como se cría a una planta, a una comunidad o a una relación. No se trata de “transmitir” conocimiento, sino de cultivar relaciones vivas entre saberes, reconociendo sus ritmos, sus contextos y sus formas propias de expresarse.

Así, esta crianza mutua ocurre no sólo entre participantes, sino entre disciplinas: la danza, la improvisación, la práctica del contacto y la conciencia somática. El cuerpo es aquí el territorio donde estos lenguajes se encuentran, se ensayan, se reflexionan y se cuidan. El movimiento se cría con la memoria; la gravedad con la ligereza; la técnica con la intuición, todo ello entrelazado en un baile cadencioso con la palabra, la escucha, la historia del lugar, los silencios y las miradas profundas de quienes asisten. La UVA como espacio físico y simbólico también participa y permite esta crianza. El edificio, el territorio de Tlatelolco, sus historias y resonancias, no son sólo marco, sino interlocutores activos del proceso pedagógico, pues, como propone Espejo, educar no es sacar a alguien de su contexto para llevarlo a otro más “avanzado”, sino hacer crecer los saberes desde donde ya están, con lo que ya hay, reconociendo su valor y su potencia. Al cumplir quince años, la UVA celebra algo más que su permanencia institucional, celebra la constancia de una apuesta por lo común, por lo no domesticado del arte, por la potencia de lo sensible como forma de conocimiento.

En ese contexto, “Ser presente...” ha sido un proceso sostenido de creación comunitaria, de generación de vínculos, de expansión de la conciencia corporal y colectiva, y sobre todo, un espacio de cultivo lento, donde el conocimiento no se impone ni se acumula, sino que se cuida y se cría en comunidad, nutrido y sostenido por la cosmovisión misma de la Unidad de Vinculación Artística. Así, tanto el taller como la UVA, han atravesado quince años de nutrirse mutuamente, de marcar una tradición de educación no formal, y de contribuir a la construcción de nuevas formas de educación descolonizada, tejida desde el cuerpo, la escucha y la reciprocidad. Las personas que han pasado por este espacio llevan consigo algo más que técnicas de movimiento; llevan una práctica de vida, una escucha más aguda del mundo, una forma distinta de habitar sus cuerpos y sus entornos. Así han brotado otros espacios y formas de hacer danza, como la compañía profesional “Udâna, plataforma de creación escénica”, la cual en sus inicios se conformó con alumnas del taller. Ahora, han llegado a la UVA otras artistas vinculadas a esta compañía, en una constante alimentación mutua.

Así pues, la Unidad de Vinculación Artística y el taller “Ser presente...” celebran quince años de recordarnos siempre que aprender no es sólo incorporar información, sino transformarse en el proceso de estar con otras.

El cuerpo, cuando se vuelve consciente de su peso, de su ligereza, de su historia, se convierte en una pedagogía viva, en una herramienta poderosa de rehumanización.

En tiempos en que el mundo parece demandar velocidad, resultados y productividad, la UVA y talleres como este nos invitan a detenernos, a respirar, a escuchar, a simplemente ser presentes. Y desde esa presencia, criar en común los saberes que necesitamos para imaginar y sostener otros modos de vivir.

Referencias

Espejo Ayca, Elvira. Yanak Uywaña *La crianza mutua de las artes*. Programa Cultura Política, 2022.



Lectura entre surcos

Enrique Rangel

Recuerdo aquel día en marzo del año 2013.

Llegué a la UVA para iniciar el taller de “Abuelos Lectores y Cuentacuentos” y, a partir de entonces, viajé cada viernes alrededor de dos y tres horas desde el municipio de Ixtlahuaca, Estado de México, para llegar puntual al Centro Cultural Universitario Tlatelolco, pues las clases iniciaban a las 10:00 h.

Desde la primera sesión dio comienzo una gran convivencia entre todo el grupo y nació una bonita amistad entre varios con quienes, hasta la fecha, nos reunimos para conversar sobre las actividades de lectura en voz alta que aún hacemos.

Al terminar el taller, nos pidieron realizar un proyecto para compartir lo aprendido. Como yo vivo en una zona rural donde la mayoría de la gente son cam-

pesinos y otros salen a trabajar a la Ciudad de México o a otros lados, mi proyecto se llamó "Lectura Entre Surcos" y el objetivo fue fomentar la lectura, primero, entre los niños y, de ser posible, entre los padres y madres de familia.

Así comencé a compartir lecturas en las escuelas primarias de mi comunidad, actividad que, a mis 73 años de edad, hago hasta la fecha, siempre con la satisfacción de que, al principio, la mayoría de los niños no leían y tampoco les leían en casa y ahora, después de casi doce años, muchos ya tienen el gusto y afición por la lectura. Cada que llego a un aula, los niños me enseñan los libros que están leyendo, ahora sus expectativas y proyectos de vida son más ambiciosos y desean conocer otros países y llegar a ser profesionistas.

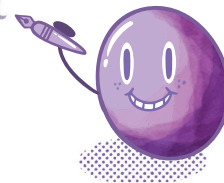
Algunos años después, me inscribí en el taller de "El Gozo De Contar Cuentos" y después en "Creación De Repertorio Para Narradores" I y II para aprender las técnicas de narración, con el fin de no sólo leer, sino también de contar los cuentos. Mi paso por la UVA también incluyó el taller "Cuentos Nocaut" donde aprendí técnicas para escribir e improvisar cuentos.

Mi experiencia de aprendizaje en la UVA cambió mi modo de vida, pues, al estar frente a los niños, aprendo muchas cosas de ellos y, cuando leo o narro a los jóvenes y/o adultos, me gustan sus reacciones. Mi vida sigue llenándose de satisfacciones.

Hay muchas personas, principalmente niñas y niños, que están muy agradecidos con la UVA, pues todos los egresados de los talleres compartimos alegría, historias, bailes, música y mucho más, algunos de manera altruista y otros profesionalmente.

Gracias UVA, gracias Centro Cultural Universitario Tlatelolco y gracias UNAM...

Con alegría, su amigo Enrique Rangel Aranda, "El Abuelo Henry".



Algo más que un ciclo troyano

Miguel Santos

Martes 13 de agosto de 2013, 18:00 horas. Ciclo 6

Esa tarde me inicié como Tallerista. No tenía idea de lo que representaba tal apelativo, ni lo que significaría en mi vida la comunidad a la que me integraba. Comenzaba el Ciclo 6 y el taller "Las cartas sobre la mesa" (de creación literaria que tenía como base el género epistolar) fue acogido por la UVA para ser parte de su oferta. Surgió de un programa que se llamaba "Apartado Postal" (AP) y pertenecía al CCU Tlatelolco; por azares del destino y por mi formación, me tocó impartirlo. El equipo de AP apoyó con la logística y la selección de los materiales, la UVA sirvió de anfitriona y yo generé tanto la dinámica como la forma en que se darían los contenidos. Ahí entendí que un taller es la suma de varios factores; el tallerista no lo es todo, tampoco la materia, l@s alumn@s o el espacio... El todo sólo se forma cuando varios elementos se involucran y

avanzan en conjunto; un taller no existe hasta que la vinculación sucede (la magia de la creación grupal) y esto lo aprendí en la UVA desde un principio.

Esa tarde me di cuenta del poder de convocatoria que tenía la UVA y de una comunidad en ciernes. Esa primera sesión la recuerdo como un alumbramiento. Si los ingredientes se mezclaban de forma precisa, la materia con la que trabajo —la literatura— tenía la capacidad de materializarse, volverse una especie de engranaje de piezas únicas en movimiento perpetuo y, con el paso del tiempo, va transformándose. El ciclo y la primera emisión de “Las cartas sobre la mesa” fueron un éxito gracias a tod@s l@s involucrad@s. Durante el trayecto nunca me sentí solo y, para ser el primer taller que coordinaba, esto fue fundamental. Sentí que había encontrado mi lugar igual que la niña vestida de abejita en el vídeo de Blind Melon y me convertí en unos de esos turistas que decidieron quedarse. Ese primer ciclo está lleno de nombres que recuerdo perfectamente como: Eunice, Yuri, Patricia, Susana, Jonathán, Karine, Teresa, Ricardo, Andrea, Silvia... A veces pienso que este escrito podría estar formado sólo por los nombres que han participado en los talleres que he coordinado y con eso sería más que suficiente; el ciclo, las fechas y una serie de apelativos, ¿qué más?

Diciembre 2014 - Junio 2024 / Ciclos 7 – 29

Poco más de una década (lo que duró la Guerra de Troya) ha pasado desde esa primera clase y ha sucedido de todo, incluso una pandemia.

Después del Ciclo 6, vinieron el 7, el 8 y hasta el 11 para “Las cartas sobre la mesa”. Varios alumn@s llegaron y otr@s se fueron. Comencé a aprender formas de acompañar un proceso creativo y, durante esos tres años, decidí postularme para ser un Tallerista oficial de la UVA, ya que el proyecto coordinado de AP cumplía una suerte de residencia y tenía fecha de caducidad. Además ser tallerista me gustó. Con miras al cierre de ese periodo, surgieron un par de proyectos: el Taller de “Cuento Nocaut” y el Taller de “Poesía Siempre a Deshoras”.

Desde que me integré a la UVA, ha existido una preocupación y una comunicación constantes entre la Coordinación y los talleristas por el cómo se comparte la enseñanza de las artes desde una orientación No Formal. Así fue como conocí el término “Taller de Autor” y entendí que esta educación no es informal ni tiene un sentido negativo. La Coordinación siempre ha tratado de incentivar la profesionalización de sus talleristas y he aprendido que la educación no formal puede llegar a ser un poco formal dentro de la libertad que tiene; es como ponerle algo de seriedad al juego (que no por esto deja de ser lúdico), establecer ciertas reglas y entender que éstas no tienen por qué ser rígidas, sino que, por el contrario, son maleables como el acto creativo.

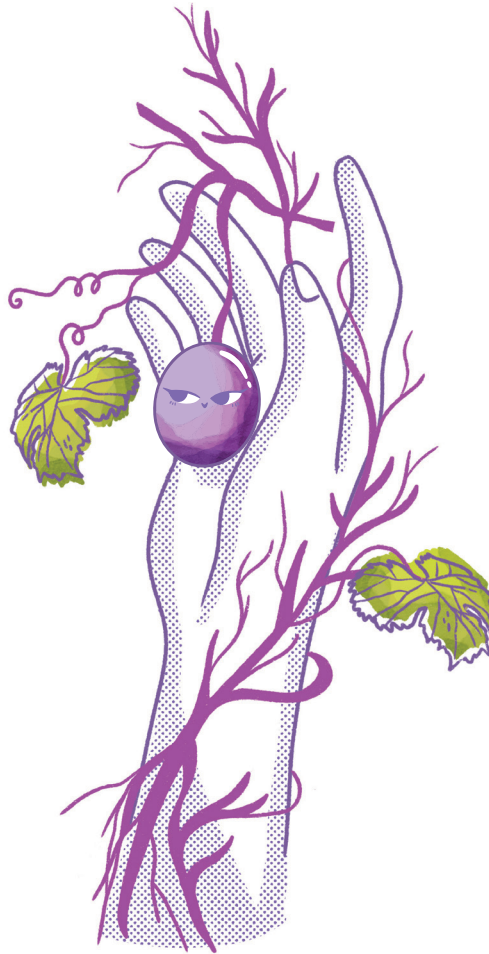
La UVA se caracteriza por tener talleristas que son artistas en activo y que, desde el momento en que empiezan a compartir su disciplina, se les incentiva a cuestionarse la forma de enseñar las artes. Esto nos lleva a estar en constante aprendizaje, a convertirnos en alumn@s de tiempo completo, ya no sólo de nuestra especialidad, sino de la enseñanza del arte en general. Así fue como aprendí a diseñar mis propios talleres de autor, una propuesta-máquina-artefacto-nave-laboratorio único en su tipo, que un@ elabora desde su disciplina para desarrollarla y compartir, desde lo aprendido, los descubrimientos que surgen de un público diverso, el cual interactúa con lo que un@ les muestra y adquiere un aprendizaje artístico. Uno crea para tocar a otr@s y ést@s, al ser tocad@s, generan sus propias creaciones y así continúa ese diálogo que empezó hace milenios. Creo que la perspectiva en torno a la Educación Artística que la UVA ha cultivado es una de las causas por las que muchos talleres permanecieron durante la pandemia e incluso que l@s alumn@s se adaptaron de manera tan orgánica a las “nuevas normalidades”. El regreso a las aulas también fue muy llevadero.

El taller de “Cuento Nocaut” y el de “Poesía Siempre a Deshoras” son dos talleres de autor que se han mantenido casi veinte ciclos; mudan de piel y reciben tanto a alumn@s nuev@s como a otr@s que repiten o vuelven de manera intermitente, así que las personas que me han acompañado en este tiempo han sido de distintas edades, ocupaciones, intereses y trayectorias de vida. Una de las ventajas que he aprendido de la educación no formal es que entre más diverso sea el grupo, la experiencia es más rica, pues existe un horizonte más amplio para ver el amanecer o el atardecer de los procesos creativos.

Ahora que lo pienso, otros nombres que recuerdo en estos casi veinte ciclos son: Angie, Matías, Miranda, Ele, Miguel Letra, Venus, Magdala, Alberto, Lía, Faby, Estela, Brenda, Diana, Mario, Norma, José Alfredo, Indira, Rodrigo, Vivek, Lourdes, Canek, Odette...

18 - 22 agosto / Ciclo 30

Esta semana inició el Ciclo 30, quince años de la UVA y doce de formar parte de esta comunidad. El ciclo tiene una cantidad de alumnxs de casi el doble (1,253) de la que recuerdo en aquel ciclo 6 del 2013. La oferta de talleres también se ha multiplicado y los de “Cuento Nocaut” y “Poesía Siempre a Deshoras” persisten. Para este ciclo se agregan más nombres: Ada, Alan, Andrés, Christine, Edgar, Elisa, Estefany, Jesús, Juan, Carlos, Luis, Rosario, Martha, Minerva, Pablo, Penélope, Tirso, Asunción, Caín, Adrián, Alba, Paula, Eduardo, Fernando, Gala, Marco, Margarita, Sebastián, Natanael... ¿Qué más puedo decir? Hay para quien estos nombres sólo sean una serie, una enumeración; para mí, cada uno es una forma única y nueva de entender lo que significa la creación artística; esto también lo aprendí en la UVA.



El crecimiento de una uva

Sara Gabriela Armenta Duque

La semilla ya era parte de esa grandiosa y prestigiada casa de estudios UNAM —pues le debe su formación profesional y desarrollo laboral—, por lo que no dudó ni un segundo en reincorporarse a ella en otra de sus ramas, reconociendo la calidad educativa que otorga.

Lo que la semilla no sabía era de la existencia de un panorama artístico y cultural del que podía ser parte y que, además, estaba al alcance de la comunidad a la que ha pertenecido toda su vida, Tlatelolco. Muy orgullosa de ello y con dos motivos muy poderosos como pilares, decidió entrar a ese mundo maravilloso que le recibió con los brazos abiertos, comprometidos, respetuosos y decididos a cuidarla, apoyarla y motivarla. Así, con toda confianza se dejó sembrar en esas tierras fértiles: cayó en tierras candentes, profesionales y llenas de ahínco que, en unión, entrega y compromiso, representan dignamente a esta Unidad de Vinculación Artística.

La semilla tiene nombre: Sara Gabriela Armenta Duque.

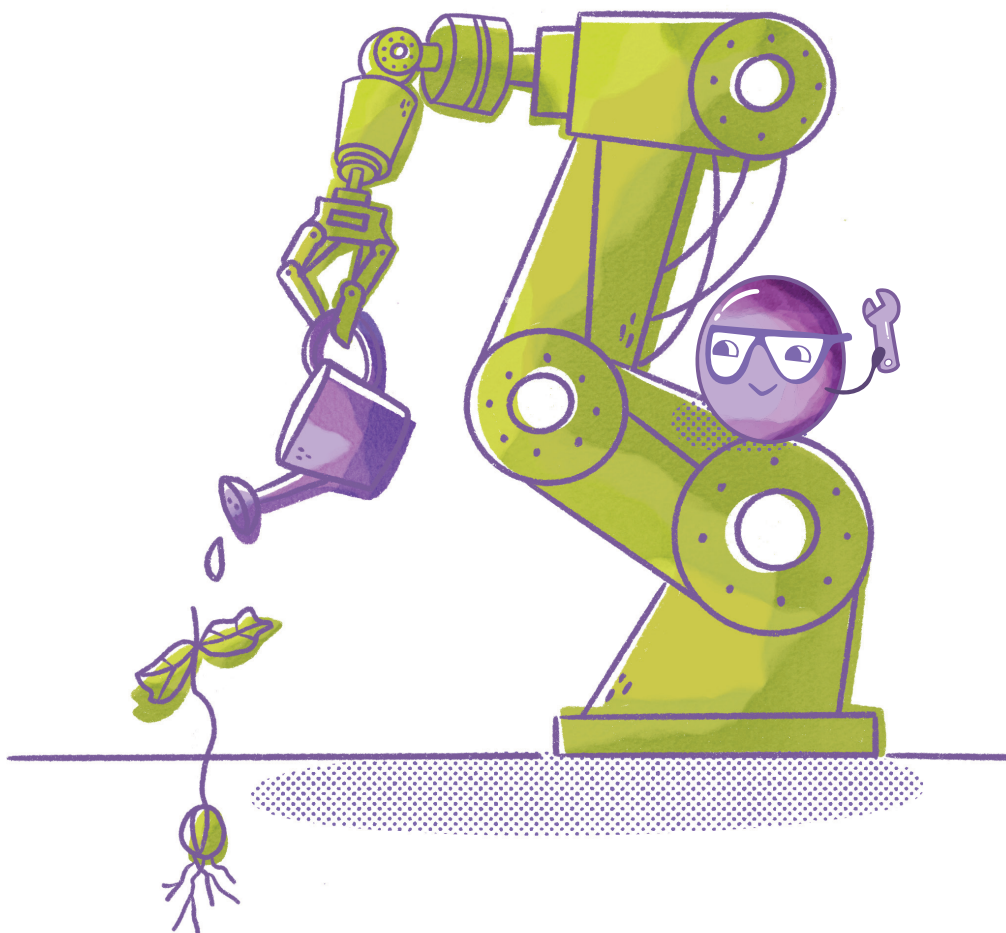
Llegué en febrero del 2020 con muchas ganas de aprender y desarrollarme en una de las actividades que más me encantan en la vida, el baile, por lo que elegí los talleres de “Salsa y Cumbia” y “Bailes de Salón”. Como es natural, tenía miedo, curiosidad y expectativas, pero también muchas ganas. Tuve la fortuna de ser colocada con un gran guía y protector de semillas, pues su esmero, tenacidad, paciencia, alegría, entrega y profesionalismo lo ratifican como alguien capacitado que desea transmitir, enseñar y compartir su profesión y la pasión de su vida que es el baile y su cultura. Fue entonces que, casi al instante, me sentí aceptada, cobijada, liberada, integrada, comprendida y acompañada. Esto me ha permitido adquirir un aprendizaje denominado “no formal” en las artes y la cultura, pero sobre todo me ha dado vida y ha favorecido mi parte emocional y psicobiosocial.

¡Y sí! El profesor Daniel Jaime Guadalupe —con mucha ética profesional y social— desarrolló y cultivó esta semilla en sus talleres, dando como fruto una uva con hartos jugos, con certeros aprendizajes y mucha dicha. Además, su labor y orientación trasciende lo individual y une uvas hasta crear racimos de amigos, seres maravillosos que comparten intereses y cariño eterno; que son aprendices seguros de sí y con conocimientos que proyectan alegres en la cotidianidad de la vida, que reflejan lo adquirido con apego e identidad. A Daniel, a la fantástica vida que se ha formado y a cada uno de los que integran toda y cada una de las áreas de la Unidad de Vinculación Artística, les ofrezco mi agradecimiento, admiración y reconocimiento; les felicito por sus XV años ya que forman, integran y hacen un bien muy notorio dentro y fuera de las aulas. Ustedes no sólo unen talleres, alumnos y al personal, sino también almas.

Estoy muy satisfecha y sigo muy emocionada en cada inicio de ciclo. Comienzo en esta ocasión el doceavo y también estoy muy emocionada por la incursión de dos de mis hijas a los talleres de “Box” y “Canto”.

La UNAM/CCUT/UVA me han permitido conocer un amplio horizonte en esta maravillosa vereda **¡ENHORABUENA POR ESTE ANIVERSARIO Y POR MUCHOS MÁS QUE SEGURAMENTE TENDRÁN!**

Los llevo eternamente en mi corazón de uva. Gracias.



UVITA de mi corazón, cómo me has cambiado la vida

Selene Gómez

La UVA ha sido un gran escaparate de enseñanza y descubrimiento. Nunca imaginé que tendría una experiencia tan significativa en mi quehacer profesional, pero lo más valioso es que también ha trascendido a nivel personal. La forma en que está estructurado su funcionamiento y la libertad que nos brinda para crear son invaluable.

Desde la primera vez que entré y tuve el acercamiento con las coordinadoras, supe que estaba en un espacio lleno de saberes, solidaridad y armonía. Lograr mantener un ambiente seguro y de confianza es un trabajo difícil, pero eso lo hace tan maravilloso. Lo que me cautivó fue saber que la UVA se creó para dar oportunidad y una perspectiva distinta a comunidades con acceso limitado a ciertos saberes. Comprender que la semilla que sembramos aquí puede

dar frutos inmensos me motivó a pertenecer y ese **sentido de pertenencia** que ofrece la UVA a quienes colaboramos es, sin duda, fantástico.

En mi área de *expertise*, la robótica, sé que es un mundo percibido como elitista y poco accesible. Gracias a la UVA, en nuestra organización **adaptamos programas para ponerlos al alcance de cualquier persona**, lo que transformó también nuestra visión y nos abrió a una perspectiva más inclusiva que quizá no hubiéramos alcanzado sin esta experiencia. En lo personal, ha sido un **descubrimiento enorme de mis propias capacidades**. Nunca había trabajado en multigrado ni sola, durante once años siempre lo he hecho acompañada. Aventurarme a dar clases por mi cuenta ha sido lo mejor: desafiante, sí, pero también enriquecedor. Salir de mi zona de confort me permitió ampliar horizontes, fortalecer mi tolerancia a la frustración, la paciencia, la autogestión emocional y la autonomía.

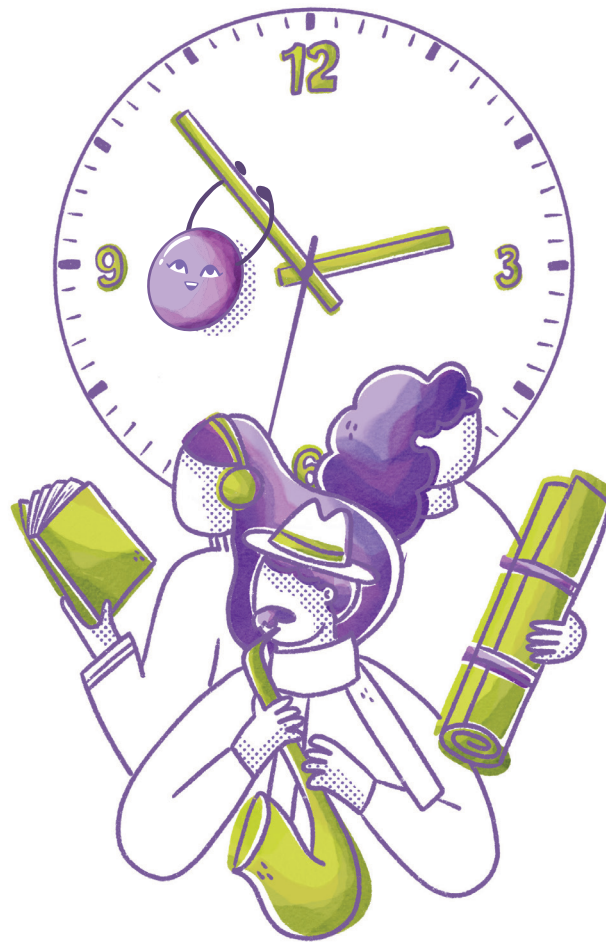
La UVA nos permite crecer en todos los sentidos. Al asumir los retos, fortalecemos la confianza en nuestras habilidades y descubrimos otras que no sabíamos que teníamos. Además, el hecho de **dignificar a la comunidad a través del conocimiento** también nos dignifica como seres humanos y nos impulsa a dar lo mejor.

Observar cómo cada ciclo las infancias van creciendo en aprendizaje es una gran fuente de motivación y haber puesto la robótica al alcance de todos es aún más inspirador. Hoy sé que me ha llevado por caminos inimaginados y que la UVA ha sido parte esencial de ese recorrido.

No tengo más que **agradecimiento para la UVA**, una gran aliada en mi camino y un bálsamo de paz y motivación en mi vida.

Observar cómo cada ciclo las infancias van creciendo en aprendizaje es una gran fuente de motivación y haber puesto la robótica al alcance de todos es aún más inspirador. Hoy sé que me ha llevado por caminos inimaginados y que la UVA ha sido parte esencial de ese recorrido.

No tengo más que **agradecimiento para la UVA**, una gran aliada en mi camino y un bálsamo de paz y motivación en mi vida.



Reflexiones sobre el impacto de la UVA en las personas que formamos parte de ella

Daniel Jaime Guadalupe

Es probable que cuando alguien escuche la palabra UVA se le vendrá a la mente una deliciosa fruta; sin embargo, cuando esta palabra llega a oídos de quienes formamos parte de la *Escuela de artes en el corazón de Tlatelolco*, seguro nos cargaremos de emociones mucho más allá de lo que una fruta pueda representar¹.

Pero, ¿qué significa ser parte de esta comunidad educativa? Según Manuel Saavedra, una comunidad educativa es “un grupo humano cuyos miembros se

1. A veces se usará el pronombre “nosotros”, a veces “nosotros y nosotras” y “nosotrxs”, por cuestiones de estilo y con el fin de reconocer la diversidad en y entre las personas como una opción válida de ser y existir en el mundo, ya que todxs tenemos pleno derecho a ejercer nuestra propia identidad.

hallan relacionados entre sí al practicar la educación por el derecho propio”, el cual se ejerce cuando una persona decide, en este caso y desde sus propios intereses, pertenecer a esta comunidad de artes en un contexto educativo no formal².

Entonces, ¿qué derecho se ejerce al tomar esta decisión? Considero que el derecho a la “Libertad cultural creativa, artística y de opinión e información” —incluido en la Cartilla de los Derechos Culturales, publicada por la Secretaría de Cultura de la CDMX— porque, desde mi perspectiva, es uno de los más presentes en nuestra institución. En él se establece que “para el fortalecimiento de la cultura en una sociedad es necesario que se garantice la libertad de creación, sólo en un contexto libre es donde los grupos e individuos pueden desarrollar plenamente su capacidad creativa”, y hasta el momento, uno de los espacios en donde he tenido la oportunidad de trabajar y que realmente es consciente de esta libertad creativa es, sin duda alguna, la UVA.

Cada uno de los más de setenta talleres que oferta cada ciclo³ presentan, en las ya conocidas *Jornadas de Cierre*, esos bellísimos resultados que cada tallerista y participante comparte con el resto de la comunidad. Ahí es donde se ven plasmados todos los aprendizajes obtenidos a lo largo del semestre.

Pero la UVA no es sólo ese lugar donde la gente toma un taller que le gusta; en nuestro caso como talleristas, es un espacio de trabajo en el que elegimos seguir y su impacto en nuestras vidas va aun más allá, pues nos damos cuenta de que, como dice Delaney:

en la vida, el dinero, vendrá y se irá, pero el tiempo siempre se acaba. No podemos pedir más tiempo prestado ni crear más tiempo. Tenemos el que tenemos, y siempre disminuye, nunca se acumula. Cuando te das cuenta de ello, tu forma de organizar tu vida cambia. Si consideras que el tiempo es lo más valioso que tienes, es menos probable que llenes tu día de reuniones que no generan resultados significativos, o que pases un sábado soleado en la cama con resaca, o un fin de semana con gente cuya compañía no disfrutas.

Así, cuando una persona decide tomar un taller, nos elige entre todas las posibilidades en las que podría invertir su valioso tiempo; además, si lo hace más de una vez, significa que comprende que es allí donde quiere estar y que, gracias a esa decisión, tiene la oportunidad de:

1. Aprender algo nuevo o expandir sus conocimientos artísticos.

2. Este tipo de educación se caracteriza por no pertenecer al sistema educativo formal establecido [preescolar, primaria, secundaria, bachillerato, universidad], pero que, a diferencia de una educación informal (la que se puede llevar a cabo por medio de experiencias personales de la vida cotidiana), sí tiene el propósito de servir a una población en específico y cuenta con una intencionalidad y sistematización, pero que no se encarga de otorgar títulos o grados (Saavedra).

3. Como parte del CCUT-UNAM, con esta oferta contribuye a alcanzar uno de sus objetivos principales: “extender con la mayor amplitud posible, los beneficios de la cultura”.

2. Acceder a la “construcción de vínculos solidarios y afectivos con la comunidad”, de acuerdo con la misión de la UVA.

En este último punto es donde quisiera detenerme a reflexionar un momento, ya que es esa posibilidad de hacer comunidad y estar con otros la que permite que la vida se torne más plena y se desvanezca la sensación de soledad. Según un estudio realizado por la OMS, entre el 17 y 21% de la población mundial se siente sola, lo cual se acentúa con la edad. Y es aquí donde creo que la UVA tiene la capacidad de subsanar esta situación, ya que nuestra institución representa ese puente de conexiones sociales, no de cualquier tipo, sino de un alto valor, pues, como refiere el estudio mencionado, un enlace social implica: “la frecuencia con que hablamos o estamos en contacto, el apoyo que recibimos de otros, la calidad, que engloba cómo nos hacen sentir las relaciones que tenemos”.

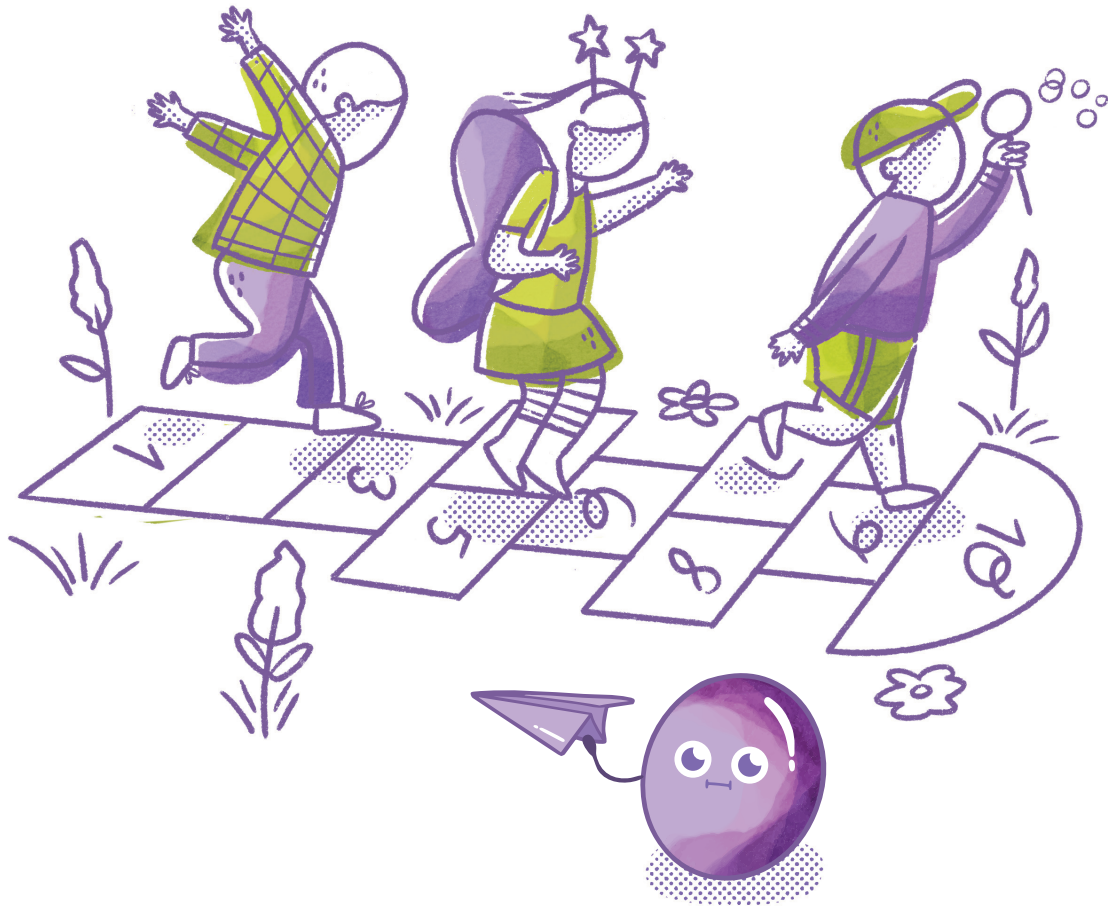
No es fortuito que la UVA siga viva, y tengo fe en que seguirá gozando del éxito que tiene (no por nada cumplimos este año XV años de existencia), porque cuenta con una gran cantidad de participantes que la ven como una de las mejores opciones para mejorar su calidad de vida, entendida ésta como “un estado de satisfacción general, derivado de la realización de las potencialidades de la persona”, según palabras de Rubén Ardila.

¿Y por qué no hablar de las potencialidades que cada uno de nosotros, como talleristas, vamos encauzando con nuestros grupos? En mayor o menor medida, ese potencial es impulsado cuando somos conscientes de la importancia de tener perspectiva de género, diversidad, no discriminación, sentido de comunidad, ternura radical y, por supuesto, cuando nos sumamos a su visión institucional.

Pienso con orgullo que ya estamos en vías de ser ese “referente de escuela alternativa para la enseñanza de las artes y el desarrollo de procesos culturales comunitarios que ejerzan un impacto favorable en las personas y la Comunidad que nos acompaña”. Como evidencia, basta con preguntar a quienes llevan varios ciclos con nosotros, cuál es su sentir al formar parte de nuestra comunidad.

Referencias

- Ardila, Rubén. “Calidad de Vida: Una definición integradora”. *Revista Latinoamericana de Psicología*, vol. 35, núm. 2, 2003, pp. 161-164. <http://www.redalyc.org/pdf/805/80535203.pdf>
- “Cartilla de los derechos culturales”. *Secretaría de Cultura de la Ciudad de México*. Instituto de la Defensa de los Derechos Culturales. Web. 13 de agosto de 2025 https://www.cultura.cdmx.gob.mx/storage/app/media/cartilla_derechos%20culturales_080121.pdf
- Caruso Camila. “¿Las relaciones sociales disminuyen con la edad? Qué halló un estudio sobre el cerebro y los vínculos”. *INFOBAE*, 9 de junio de 2025. <https://www.infobae.com/tendencias/2025/06/09/las-relaciones-sociales-disminuyen-con-la-edad-que-hallo-un-estudio-sobre-el-cerebro-y-los-vinculos/>
- Delaney, Brigid. *Cómo dejar de preocuparte. Ser estoico en tiempos caóticos*. Paidós. 2024.
- “Nosotras”. *Unidad de Vinculación Artística*. Unidad de Vinculación Artística. Web. 13 de agosto de 2025. <https://tlatelolcounam.mx/uva/nosotras/>
- Poy, Laura. “Cada hora hay 100 decesos relacionados con la soledad, alerta OMS”. *La Jornada*, 05 de julio de 2025. <https://www.jornada.com.mx/noticia/2025/07/05/sociedad/cada-hora-hay-100-decesos-relacionados-con-la-soledad-alerta-la-oms>
- “UNAM. Misión y visión”. *Portal UNAM*. Universidad Nacional Autónoma de México. Web. 13 agosto de 2025. <https://www.unam.mx/mision-y-vision>
- Saavedra, Manuel. *Diccionario de Pedagogía*. Pax. 2003.



UVA Maternidad

Griselda Monserrat Granados Rincon

Año 2025.

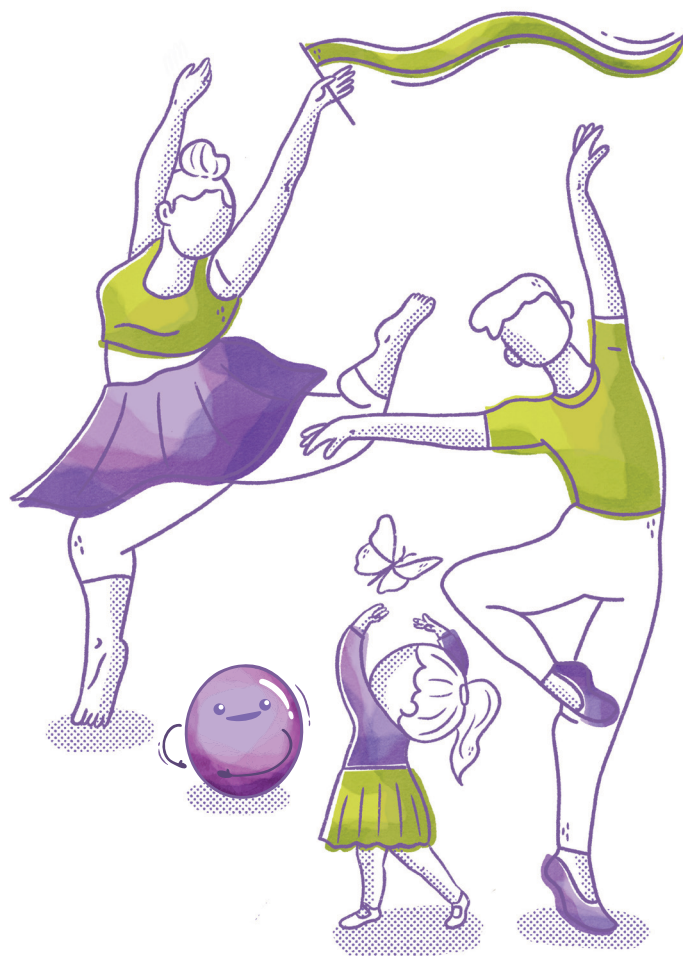
Los niños que nacieron en la pandemia hoy se encuentran en su primera infancia, tienen energía de sobra, desean explorar y descubrir este mundo. Las mamás y papás de estos pequeños humanos vivimos la transformación del mundo y la de nosotros mismos; en tan sólo cinco años nos convertimos en un equipo con nuestros hijos e hijas y juntos estamos en búsqueda permanente de opciones para encontrar lo artístico de este planeta.

Encontrar un espacio lindo para iniciar en el arte a tu hijo no es una ilusión, en Tlatelolco es una realidad y, para mí, una ex docente de baile, una gran oportunidad para retomar mi pasión por la música y el movimiento... ¡bailar! Así empezó una nueva aventura con mi hijo, aprendiendo a bailar, disfrutando

lo contento que se puso cuando vio su credencial del ciclo 29 de la UVA, la cual mostraba orgulloso cada lunes y jueves al ingresar a su clase.

El primer día coincidir con más niños fue especial para él, al igual que para mí encontrar padres y madres que, curiosamente, coincidían en tener un sólo hijo o hija y un gran entusiasmo por compartir con ellos. Darse el tiempo para tomar una clase, juntar el dinero para pagarlo y disfrutarlo se escribe fácil, pero para hacerlo es necesaria la motivación. La UVA lo hace posible con sus instalaciones, con sus procesos, sus docentes y su comunidad; no sólo disfrutamos del taller "Aprendiendo a bailar", también del espectáculo "ODISEA, teatro multimedia", un taller de autoconocimiento, un maratón de baile, ricos alimentos, un huerto, un espacio para tomar un rico café, una biblioteca acogedora, un avioncito pintado a la entrada, juegos de mesa que despertaron el interés de mi pequeño por el ajedrez... tantas cosas en tan poco tiempo en un lugar maravilloso.

Terminamos nuestro primer ciclo en la UVA, ¿alguna piedrita en el arroz? Sí, claro, siempre la hay: en la penúltima clase, la presión por el cierre de ciclo, la disciplina y la formalidad se hicieron notar en una de las docentes y se generó un silencio incómodo. En ese sentido, creo que uno de los puntos importantes en la vida es justo no caer en el estrés causado por la rapidez, hay que ser artistas de nuestro propio diseño de vida, de nuestro viaje. El encuentro con el mundo artístico acompañada por mi hijo continúa y claro que volveremos felices a esta parada llamada UVA.



Memorias de una tallerista de danza

Adriana Segovia Castañeda

Ingresé como tallerista de danza contemporánea en el Ciclo 14 de la UVA, en 2017, poco antes del terremoto que cimbraría nuestra ciudad y que nuestro amado Tlatelolco resistió. Cuando comencé a impartir/compartir el taller “Movimiento Continuo”, dirigido a adolescentes, mi hija Emilia comenzó a crecer en mi vientre. Semana tras semana, crecimos juntxs explorando y descubriendo posibilidades de movimiento desde nuestras diversas corporalidades.

Más adelante, a partir del Ciclo 16 en el año 2018 —el mismo en el que conmemoramos los 50 años de la dolorosa matanza de 1968— el taller cambió de nombre y amplió su rango de edad. Así nació “ConTempo”, que incluía a mujeres jóvenes desde trece hasta veinticuatro años. Con el nacimiento de este grupo, en el mismo año que Emilia nació, creamos la obra “Anónimos de Tlatelolco” como un ejercicio escénico de memoria corporal con mujeres y niñas.

Para el Ciclo 17, el grupo creció y tuvimos la oportunidad de crear y presentar "Paisajes de Alaíde", un homenaje en movimiento a la poeta y activista Alaíde Foppa.

En 2019, la Unidad de Vinculación Artística acogió el taller de "Mujeres en movimiento", el proyecto que desarrollé derivado de la maestría (yo estaba estudiando la Maestría en Desarrollo de Proyectos Inclusivos en Artes). Con este grupo tuvimos funciones en el Foro La Morada y en el Zócalo Capitalino como parte de la Feria de la Inclusión organizada por el DIF CDMX. "Mujeres en Movimiento" era un taller de improvisación dirigido a mujeres con alguna discapacidad o neurodivergencia, se convirtió en una pieza fundamental para mi vida y recorrió otros espacios.

En 2020 vendrían dos grandes sucesos que tendrían un impacto significativo en mi camino por la UVA. El martes 17 de marzo, en la radio, Carmen Aristegui hablaba de la inminente llegada del virus SARS Covid-19 a nuestras vidas y el impacto en nuestro país. Un funcionario estadounidense exigía a México que parara ya sus actividades económicas mientras atravesaba el largo puente de Flores Magón que muchxs de nosotrxs recorreremos para llegar a Tlatelolco. Me dirigía a una reunión con el maestro Luis Gárciga y con algunxs talleristas para trabajar sobre la elaboración de fanzines con motivo de los diez años de la UVA. Concretamos acuerdos, formamos equipos y ese fue el último día que estuve en las instalaciones por un buen tiempo. De ahí en adelante, la comunicación virtual, los recursos tecnológicos, las plataformas, aula invertida y el hackeo del sistema se volvieron el lenguaje común. Pude cerrar mi colaboración en los fanzines, pero no pude continuar con los talleres que impartía.

Regresé en 2021 con los talleres de arte en colaboración con el Colegio de Bachilleres, aún en un formato virtual, donde expandimos nuestra kinesfera pedagógica con otrxs profes de arte. La experiencia se repitió nuevamente en 2022 y 2023, ahora en modalidad presencial. Después de dos años y medio regresé a mi hermoso salón e5 que me ha visto en tantas versiones, con grupos diversos y con distintas propuestas. De igual modo, fue en 2022 que tomé un taller que se había quedado sin tallerista y se me presentaba la oportunidad de trabajar con infancias. También fue entonces que ingresé como participante junto con mi esposo y aquella niña que otrora creció en mi vientre al taller "Juntos aprendiendo con la música" con la maravillosa y mágica Miss Betty (algo que ha terminado de consolidarme como comunidad UVA, sin dudarle, es ser participante y tallerista a la vez).

En 2023 comienza una aventura que nace de la temática del ciclo "Esto no es una escuela de arte": la propuesta "Vamos todxs a bailar" en donde integramos a las infancias con sus familias con una apuesta a retomar la ternura y reforzar el vínculo por medio del movimiento; se trata de un taller activo en el que nadie puede quedarse sentadx, en el que permanecer en quietud sólo es válido si estás jugando a las estatuas (el silencio a veces se hace presente pero, honestamente, somos un taller de ruidos, saltos y juegos).

En 2024, como una necesidad de continuación de lxs participantes, nace “Ballet creativo: Danza, juegos y tutús”, taller en el que hemos jugado con las bases de la danza clásica pero también con los principios de la expresión corporal, comprendiendo que los caminos son distintos y todos los cuerpos son diversos y bienvenidos. Este es un taller que me ha permitido cuestionarme una y otra vez el por qué y el para qué es importante aprender desde el movimiento.

Finalmente, en 2025 pudimos concretar una propuesta que nace de la inquietud de traer el Día Internacional de la Danza a la Unidad de Vinculación Artística. Tuvimos una gran participación en conversatorios y funciones de la comunidad de la UVA. Me parece un evento importante que asienta la importancia que ha tenido la danza en la historia de nuestra querida escuela.

En estos años de ser parte de esta comunidad, he desarrollado un sentido de pertenencia que me ha anclado al corazón de Tlatelolco. Mi familia es comunidad UVA: mi hijo mayor tomó un par de talleres en un momento de descubrimiento de su identidad; mi hija ha estado en los últimos seis ciclos junto con su padre que se ha vuelto un referente con la pandilla que hemos formado a lo largo de estos cursos; mis amigas, los amigos de mi hija, las mamás y papás de los amigos de mi hija, todos han resignificado este espacio como un lugar de encuentros que va más allá de un centro cultural.

Como docente en formación y transformación constante, he tenido la oportunidad de trabajar diversas propuestas de movimiento con distintas poblaciones. Las metodologías han cambiado, se han ajustado, así como las estrategias para lograr una cohesión grupal. He aprendido a leer a los grupos para identificar sus características, necesidades, intereses y así poder potencializar sus habilidades de acuerdo con lo que cada quien desea lograr. He aprendido que soy una facilitadora que descubre y descifra la corporeidad junto con los grupos y no una maestra que llega a imponer aquello que cree que sabe. Partir desde la generosidad y compromiso que implica la educación no formal es fundamental para comprender la esencia de la UVA. Tal vez ese es el común denominador que me ha permitido fluctuar entre los talleres tan distintos que he compartido. La Unidad de Vinculación Artística es un espacio que genera y fortalece los vínculos comunitarios, donde las infancias juegan y crecen, donde las juventudes se buscan y se encuentran, donde el hubiera sí existe y siempre podemos reinventarnos.



UVA: Hogar y familia

Ada Yadira Páez Aguilar

Hay lugares que se vuelven hogar y personas que se convierten en familia. Llegué a la Unidad de Vinculación Artística de la UNAM por casualidad hace más de siete años (algunas personas podrían decir que ya soy parte de su activo fijo). Dentro de este lugar he conocido personas de todas las edades, ellos, ellas y ellos (este pronombre nunca me ha parecido problemático, pues me parece que es tan importante como el color favorito de alguien, netamente personal y que debemos respetar).

Confieso que ni siquiera sabía de la existencia de la UVA, y eso que soy puma de corazón y universitaria desde antes de ser concebida (podría parecer una exageración, pero mi padre era universitario desde antes de mi nacimiento). Este lugar guarda en el nombre su esencia. No sólo es una parte de todo lo que conforma nuestra Universidad y tampoco se limita a cumplir la función para la

cual fue creada; logra la unión de personas del lugar en el que se encuentra, Tlatelolco, los trabajadores, los directivos, administrativos, profesores, vigilantes y un largo etcétera, además de población fuera de esta gran urbe, de lugares conurbados e incluso de otros estados lejanos.

Las personas crean conexiones y lazos por las actividades que realizan y por los intereses en común. Las amistades forjadas crean incluso un ligamento tan fuerte como lo es el amor de la familia, porque ¿qué es la amistad sino la hermandad que se da entre personas no consanguíneas que se eligen mutuamente en el devenir de su vida?

Si a todo esto le agregamos las actividades artísticas, culturales, recreativas, educativas y deportivas que, como un crisol se forjan día con día dentro de sus instalaciones, para mí este lugar se ha convertido en un hogar en el que convergen con armonía todo tipo de personas con educación, creencias y formas de pensar disímboles. Uno de los factores más importantes para lograr semejante hazaña es la empatía, la tolerancia y el respeto por las diversidades y divergencias que se da entre todos los participantes de esta gran familia, porque, así como pueden coincidir las opiniones, también existe la heterogeneidad y eso es lo que hace más rico el bagaje de este centro y que, al final, potencia el desarrollo de todas y cada una de las personas que tenemos la fortuna de asistir a ella.

Hablar de la UVA es recordar momentos entrañables de alegría y de tristeza. Ojalá pudiera decir que en nuestro paso por este recinto sólo se generan sentimientos positivos, pero pienso que muchas personas pueden desmentirme, porque también en este lugar se puede generar miedo, ira, pánico, rabia, desesperanza, vulnerabilidad, preocupación, frustración, culpa, duda, estrés o vergüenza. Pero, por experiencia propia, pienso en que los positivos son más comunes: la euforia, admiración, afecto, optimismo, gratitud, satisfacción, compasión, compromiso, agrado, esperanza y felicidad, entre otras muchas. Quien esté exento de estos sentimientos no podría llamarse humano, ya que esto nos diferencia de las máquinas y precisamente es lo que nos hace perfectibles y únicos.

Esta unidad, para mí, es un lugar para desarrollar nuestra capacidad para amar lo que nos gusta hacer y para demostrarnos a nosotros mismos que, a pesar de nuestras limitaciones, cada día podemos ser mejores. Dentro de esa mejoría está el perdonar a las personas que nos han causado sinsabores, porque, después de todo, cada quien da lo que tiene y este lugar nos da la oportunidad de crecer en los diversos ámbitos de los talleres y en lo más importante: tratar de superarnos cada uno de nosotros a nosotros mismos, aprender, razonar, comunicarnos, decidir conforme a nuestro libre albedrío y ejercer nuestro papel de entes sociales al desprendernos de nuestras barreras y desarrollar plenamente todas las capacidades que nos corresponden, sin ánimo de competencia, por el mero hecho de superarnos en todos los ámbitos.

Todo esto y más es lo que pienso que es este lugar, no sólo para mí, sino para todas las personas, que independientemente del papel que desempeñen dentro de éste, pueden lograr. Tener el privilegio de festejar quince años de una institución así es una prerrogativa que algunas personas menos afortunadas no han podido realizar. Honro a los que se han ido por diversas cuestiones pero que han dejado entre estas paredes y en nuestros recuerdos sus sonrisas, su don de gentes, sus acciones y sobre todo su ejemplo que nos impulsa a disfrutar de un espacio que hemos hecho nuestro hogar al sentirnos cobijados por esta gran familia. Así pues, espero con ansias que comiencen los festejos de las quince primaveras, tal y como debe ser, con bombo y platillo. Por lo que sólo me queda decir:

¡Que comience la fiesta!



XV años y sus muchas formas para poder compartir

Lya Guilliem Díaz Mercado

A lo largo de quince años de participación en la Unidad de Vinculación Artística (UVA) del Centro Cultural Universitario Tlatelolco, he comprobado que el arte es una forma de transformación que retrata la realidad o lo imaginario. La creación artística nos permite mirar el mundo de manera distinta y resignificarlo.

Mi camino comenzó en Tlatelolco cuando el recién inaugurado Centro Cultural Universitario ofrecía nuevas oportunidades. En ese tiempo, logré establecer un convenio con el entonces Coordinador, Ignacio Plá, para crear un proyecto de danza que concretó en el espectáculo "A ocho horas o un océano de distancia", presentado junto a Miroslava Cruz y músicos de son jarocho y flamenco. Esta primera experiencia sembró una semilla: comunidad, arte, memoria y participación activa. Poco después me integré a la UVA como docente, iniciando un taller de creatividad y danza para niñas y, eventualmente, talleres de flamenco tanto para adultxs como para infancias.

Desde el inicio, la UVA mostró interés genuino por la formación de sus talleristas, ofreciéndonos herramientas metodológicas para enriquecer nuestras prácticas educativas. En espacios como el Laboratorio de Formación Docente, con formadorxs como Carmen Correa y Luis Gárciga, pude desarrollar habilidades pedagógicas que nutrieron mi propuesta artística. Con el paso del tiempo, el crecimiento del grupo de flamenco y sus nuevas exigencias motivaron la creación de distintos niveles: “Iniciación” y “Flamenco con elemento”, integrando no sólo técnica sino también historia, música, componentes escénicos y metodologías de experimentación.

Este impulso de la UVA, sumado a la posibilidad de formalizar mi experiencia mediante la Licenciatura en Docencia de las Artes en La Esmeralda, me permitió profesionalizarme con más herramientas. Mi tesis, centrada en la enseñanza del flamenco en ámbitos de educación no formal, tomó como eje el trabajo de la UVA, lo que fortaleció mi mirada sobre el aprendizaje significativo y colaborativo.

Cada ciclo he elaborado análisis reflexivos que se han convertido en una bitácora, la cual me han permitido evaluar el taller e identificar los procesos particulares de cada alumna. Mi apuesta como docente ha sido, desde siempre, alejarme del modelo tradicional maestra-alumna para proponer una experiencia horizontal, sensible y colectiva; por eso hablo de “nosotras” y no de “yo y ellas”.

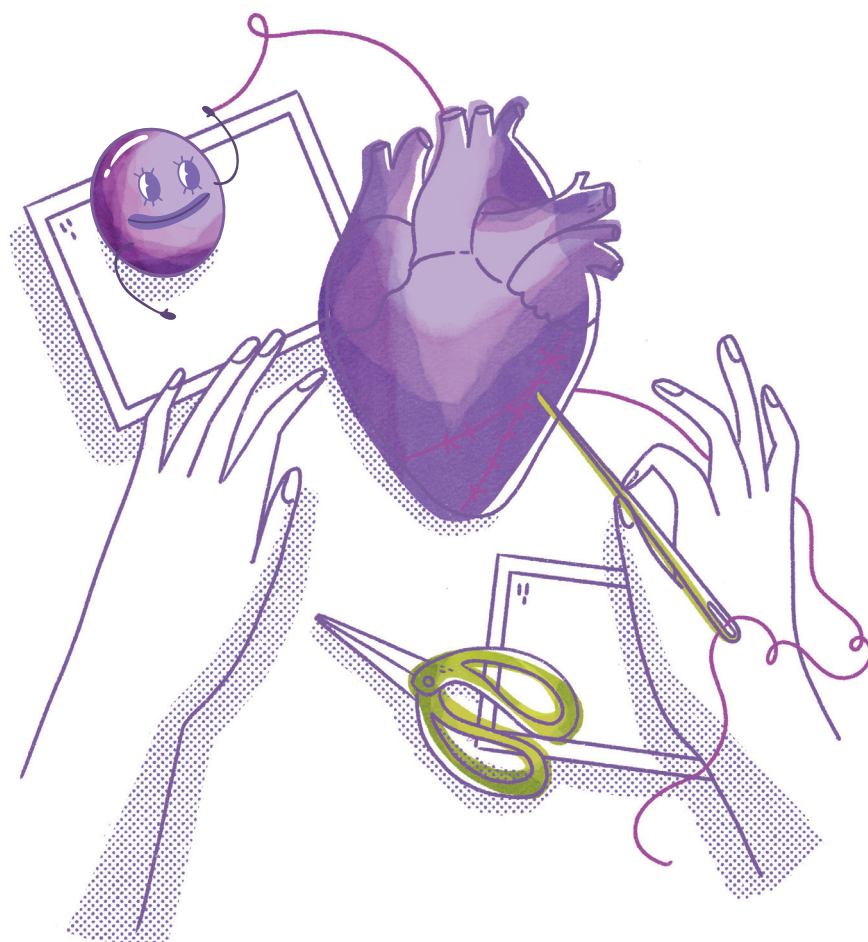
El arte, como práctica viva, transforma tanto a quienes la crean como a quienes la enseñan. En mi experiencia, bailar flamenco no es sólo una cuestión técnica, sino una forma de mirar el mundo y de habitarnos a nosotras mismas; he visto cómo, desde el taller, las alumnas adquieren habilidades más allá del baile como el trabajo en equipo, la autonomía, la gestión cultural y, sobre todo, una profunda conexión con su identidad.

La pedagogía que he desarrollado en estos quince años no se ha limitado a repetir pasos o coreografías, hemos innovado con recursos como el “Flamen-cógrafo” (una especie de chismógrafo que nos ayudó a entender quiénes formaban parte del grupo), la bitácora, la creación de fanzines, un decálogo de buenas prácticas o incluso ejercicios de reflexión, como cuestionar el papel del arte ante un terremoto o pronunciarse como grupo ante actos violentos en la UNAM. La enseñanza se ha entrelazado con el contexto social, cultural y político, generando una práctica educativa viva y transformadora. La pandemia nos obligó a reestructurar y, aunque fue un reto, también significó una oportunidad, ya que en los últimos años, los talleres regulares se transformaron en cursos intensivos de un mes, permitiendo una mayor participación, incluso de zonas alejadas como Tláhuac, Coyoacán o el Estado de México. Esta apertura fortaleció la comunidad y evidenció la necesidad urgente de más espacios como la UVA en el norte de la ciudad.

Destaco el valor de estos espacios como semilleros de experiencias estéticas que impactan de forma directa en quienes participan. La UVA ha sido un espacio de formación artística y también un lugar para la memoria, la transformación personal y colectiva y la autenticidad; por medio del arte, las alumnas han podido reconocerse desde su unicidad y no desde los estándares hegemónicos. Esta filosofía de la UVA, la llevamos incluso a la formación de formadores, cuando desarrollamos un programa dirigido a docentes del Colegio de Bachilleres, en el que propusimos no igualar metodologías, sino abrir caminos a la investigación y la curiosidad.

Diseñar cada ciclo ha sido un ejercicio de escucha, acompañamiento y apertura. Clase a clase, me detengo a observar, dialogar y rediseñar; me interesa que cada una de las participantes pueda salir de la clase sin sentirse una pieza más dentro de una estructura homogénea, por el contrario, quiero que puedan decir: "YO SOY" y, aun más: "YO SOY CONTIGO".

Quince años después, puedo decir que hemos crecido juntas como bailadoras, como compañeras, como comunidad, y lo más importante, como humanas.



La UVA en mí

María Elena Valadez Aguilar

Tlatelolco es una referencia importante en mi historia personal. Lo conozco desde que tengo memoria ya que nos quedaba en el camino para visitar el Centro (así le llamábamos coloquialmente al Centro Histórico de la Ciudad). Nací en la colonia Vallejo, muy cerca de aquí, sólo nos separa la colonia Exhipódromo de Peralvillo.

Un día, siendo aún adolescente y viajando en un trolebús de la ruta Taxqueña-Central Camionera, cuando pasábamos frente a Tlatelolco, escuché algo que llamó mi atención. Un guía de turistas dijo que el conjunto urbano era considerado una "ciudad dentro de otra ciudad", refiriéndose a todo lo que se encuentra dentro de la unidad, como escuelas, hospitales, comercios de todo tipo, centros deportivos, centros culturales, bibliotecas, museos y más.

No tardó mucho tiempo para que me diera cuenta, de primera mano, de todo lo que había mencionado el guía, pues me casé poco después con un habitante de la unidad. Él y su familia llegaron de Veracruz en 1965 para habitar un departamento del edificio "Presidente Juárez" (por supuesto, la ceremonia religiosa se llevó a cabo en la iglesia de Santiago Tlatelolco en junio de 1980). Si bien, nosotros no vivimos aquí, frecuentamos a la familia de mi esposo cada semana.

A raíz del terremoto de 1985, dejé de visitar de manera recurrente a Tlatelolco, pues mi familia política decidió regresar a Veracruz. No obstante, este lugar siempre estuvo presente en las amistades de años que decidieron permanecer aquí y a quienes seguimos frecuentando.

A pesar de vivir alejada, sabíamos de la existencia de la Unidad de Vinculación Artística (mejor conocida como la UVA), ya que dos sobrinos tomaron algunos de sus cursos y siempre hablaron maravillas de lo que aprendían. Yo deseaba entrar en alguno de sus talleres, sin embargo, para mí era difícil hacerlo, pues el trabajo me lo impedía y tuve que esperar algún tiempo. En el 2013 nos mudamos al edificio Tamaulipas.

Así, llegamos al 2020, un año que todos y todas recordaremos no sólo en nuestro país, sino en el mundo entero, ya que vivimos una pandemia de manera global que nos cambiaría la vida a muchos. Ese mismo año me jubilé (fui maestra de Historia en Secundaria por más de 30 años) y fue en el 2021 cuando decidí participar como alumna en la UVA, motivada por mi hija, después de sufrir una pérdida dolorosa e irreparable.

Inicié con los talleres: "Fotografías detonadoras de recuerdos" y "Bordatopías: taller de bordado". Aunque no recuerdo el nombre de las maestras, lo que sí es un hecho es que todavía no salíamos de la pandemia, por lo que las clases eran en línea.

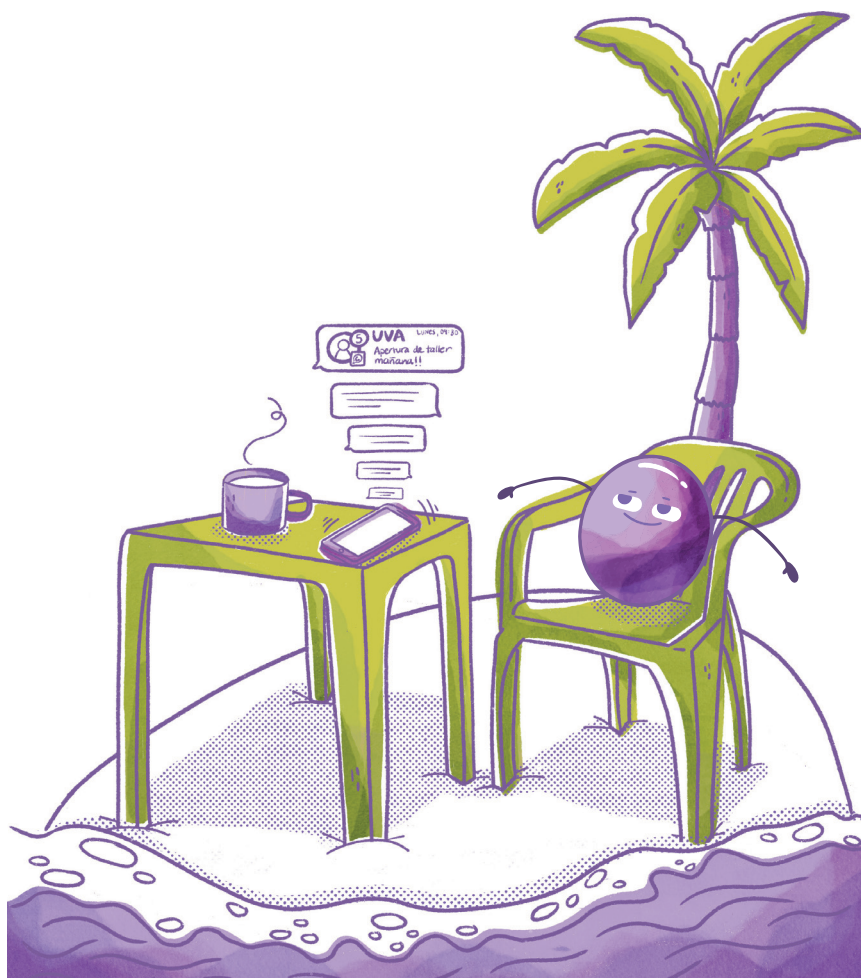
Debo decir que el taller de escritura me gustó mucho, la maestra nos motivaba para que, después de leer textos sugeridos por ella y realizar diferentes ejercicios, escribiéramos una historia a partir de una o varias fotografías. No sé para los demás alumns, pero para mí fue reconfortante escribir y soltar de alguna manera sentimientos y emociones que en esos momentos se nos agolpaban y que no sabíamos cómo manejarlas o sacarlas a flote. El taller de bordado no lo terminé; sentí que era muy avanzado para mi falta de pericia y experiencia en esas artes populares.

Febrero de 2022 lo recuerdo bien porque inició el año con un nuevo curso, el de "Yoga restaurativa" para personas mayores de 50 años, impartido por la maestra Rocío Rojo, y lo mejor: de manera presencial con todo lo que eso implica, después de venir de un largo periodo de confinamiento obligado. Si bien yo tenía años practicando yoga, ha sido una verdadera sorpresa hacerlo

bajo la guía de Rocío, quien es afable, comprensiva y, aunque somos muchas y muchos en el grupo, ella hace lo posible para hacerlo personal.

Mi permanencia en la Unidad de Vinculación Artística, ha ido más allá de ser sólo un espacio donde hago ejercicio (pues trascendió las aulas); se ha convertido en un lugar seguro emocionalmente hablando y donde han surgido amistades sinceras y solidarias entre muchas de nosotras.

Si bien, mi historia en la UVA quizá no sea la más larga, sí es de lo más alentadora.



¿Sabes quién si me caga, we?¹

Óscar G. Hernández

En aquellos días, me encontraba en la playa, conversando sobre la posibilidad de realizar un proyecto de narrativa gráfica social para un concurso de apoyo comunitario. En Ciudad de México, presenté un proyecto para un taller del cual estaba seguro que no se realizaría, pues no contaba con el número necesario de inscritos (es común para quienes trabajamos en la llamada “educación no formal” que así sea). Este tipo de oferta para formaciones de arte, por lo regular, se encuentra relacionada a recuperación o ganancia económica para los espacios que los ofrecen, que por lo general son instituciones privadas o

¹ El autor decidió no incluir las referencias bibliográficas con base en un meme donde aparecen dos personajes de la serie The Office con la frase: “Nosotrxs no citamos porque creemos en la mu3.rte del autor y no en la propiedad intelectual... y porque no recordamos quién lo dijo”.

públicas; a los talleres se les ve como un producto o una mercancía que debe venderse y al público se le ve como un consumidor; el salario de los maestros suele depender por completo del pago de los inscritos. Es un poco el sentimiento de venderse a sí mismo y, cuando nos avisan que el taller no alcanzó el número de inscritos, la sensación es de tristeza, la de ser ese o esa a la que nadie quiso o quisieron pocos.

Un viernes por la tarde, la pantalla de mi celular decía que mi taller no llegaba ni a la mitad de inscritos necesarios. El sábado, día final de las inscripciones, la pantalla mantenía el mismo número. Esa información me fue suficiente para saber que continuaría fuera de la ciudad. Me acerqué a mis amigos con una cerveza en mano y les dije que me quedaría una semana más (no di razones, tampoco preguntaron). El lunes por la mañana, mientras bebía mi café con un bolillo untado de mantequilla y azúcar, fui sorprendido por un aviso donde me decían que mi taller se abriría aun sin el número de inscritos. Iniciaba al día siguiente, así que avisé a mis amigos que debía volver de inmediato. Sólo les dije que debía estar en la ciudad ese día por la noche, que empezaba a dar clases y que todo estaba bien.

En el autobús de regreso reflexioné en lo extraño y nada común que era abrir un taller que no cumplía con el número de inscritos. Estaba seguro de que esa institución no estaba involucrada en lavado de dinero, también pensé que debía cumplir con informes o con metas de productividad (números y estadísticas de oferta educativa para el desarrollo de la carrera política de algún personaje)... Medité muchas cosas más que justificaran ese extraño comportamiento, esa rara actitud que rompía con las leyes de la mercancía y las de precio, oferta y demanda. En el libro pirateado que leí en mi Kindle en aquel autobús, subrayaba: "No se pueden consumir los sentimientos. Usted no puede consumir la tristeza. Con la tristeza no puede usted ganar dinero" y, más adelante, subrayaba la pregunta: "¿Cómo puede surgir un 'nosotros' en un sistema donde cada uno solo existe para sí mismo? Todo es fugaz". El martes llegué a mi primera clase. Pasé frente a una lona donde aparecía el nombre UVA y, como subtítulo: "Escuela de Artes Libres". Siempre pienso en lo mucho que ha sido apropiado, dislocado, manipulado y usurpado el término *libertad* (por esos días los ahora presidentes de Argentina y de Estados Unidos aludían a la libertad con insistencia).

La apertura del taller sin el número de inscritos era sólo la primera línea de mi sorpresa, después me cayeron de golpe una serie de posturas y actos que concordaban con el subtítulo "Escuela de Artes Libres", donde lo que en realidad importa es la formación libre; donde se toma distancia de los discursos de productividad del capitalismo tardío; donde es posible dar paso a otro mundo y las narrativas se consolidan con actos y prácticas como la inclusión, la igualdad y el acceso; donde es más importante el proceso que el resultado; donde se da prioridad al diálogo, los acuerdos y la tolerancia; donde el uso del lenguaje

inclusivo es lo natural; donde la palabra *cuidados*, en el sentido amplio, es importante y, sobre todo, donde se piensa en lo común, en la COMUNIDAD.

Sin duda me faltan muchísimos puntos por mencionar, pero el encontrarme con esta pequeña isla educativa, me fascinó por completo. Realmente era una escuela que se salía de las “formas”.

En el libro que estoy leyendo de una autora afro, Bell Hooks², que vivió épocas de segregación racial, subrayo:

Ahora que la oligarquía global se está convirtiendo en una norma política, aquí y en todas partes es más necesario que nunca que la educación aborde la diversidad del mundo... Más que nunca los estudiantes y profesores tenemos que comprender plenamente las diferencias de nacionalidad, raza, sexo, clase social y sexualidad si queremos crear formas de pensamiento que refuercen la educación como práctica de la libertad.

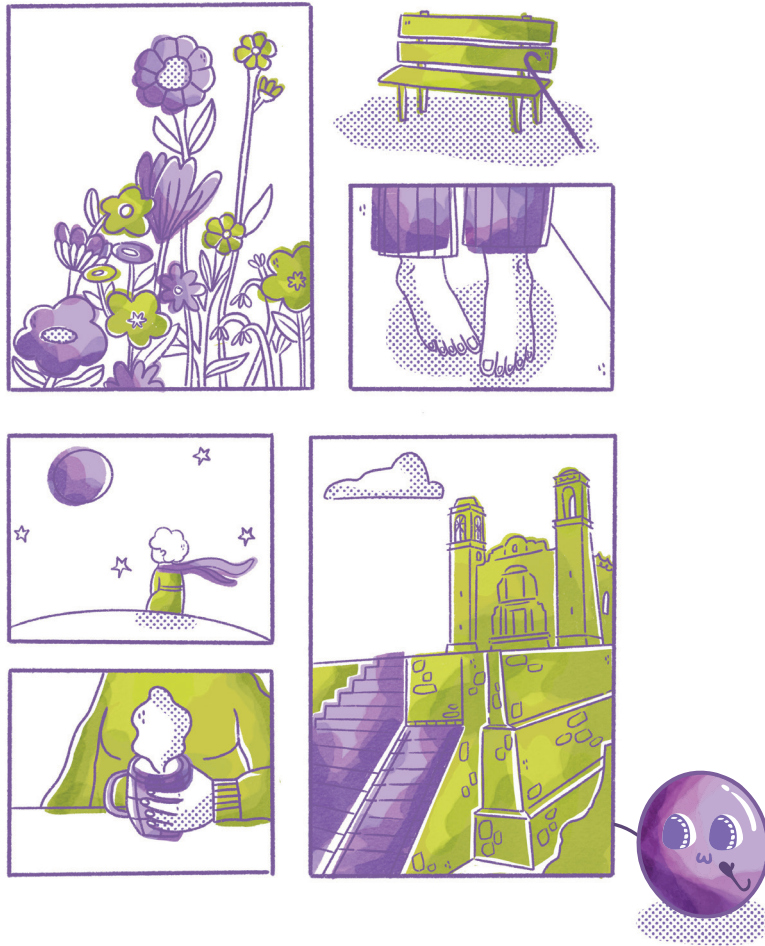
Pensar en la UVA, para mí, es una anomalía del “sistema educativo formal”, una frontera que no es frontera. Pertenece a una institución piramidal con jerarquías estrictas, donde los grados y títulos lo son todo acompañados de una burocracia monumental; por si eso fuera poco, también es célebre por practicar y reproducir sistemas de desigualdad en un país muy desigual, en fin, un organismo de origen colonial donde los profesores y trabajadores son el escalón más bajo. Al observar esto, me pregunto ¿cómo se explica la existencia de un ente con características que van en sentido contrario? Ese ente —a pesar de estar inserto en una estructura del patriarcado violento, capitalista, meritocrático de la academia neocolonial— fluye y escapa de esas prácticas y de esas formas, como en la construcción de un sueño por demás real.

La UVA cumple 15 años en un contexto donde el fascismo y las ultraderechas crecen y controlan el autonómado “mundo desarrollado”, donde el cinismo es la regla y donde hay un genocidio frontal y abierto perpetrado por los países ricos del planeta que son gobernados por banqueros y multimillonarios acompañados de grandes corporativos. En ese contexto, la cultura y las artes no son importantes y reciben recortes presupuestales constantes hasta dejarlas en la inanición. En ese ambiente, la UVA propone otra cosa, en silencio y sin reflectores; sin alharacas, va colocando ladrillos que generan un espacio donde se aprende y se enseña de manera distinta, donde se hace comunidad, donde en verdad todxs son bienvenidxs, donde lo no formal no tiene que ver con ser “nadie” en el sistema educativo, por el contrario, lo no formal tiene que ver con romper con las viejas y rancias formas de ver la enseñanza y los espacios para ella.

2. En este caso, ante la terrible invisibilidad de las poblaciones y mujeres racializadas decidimos citar a Bell Hooks y su libro *Enseñar Pensamiento Crítico* en un intento de ser congruentes con su pensamiento y nuestra postura de no propiciar ideas de propiedad privada y propiedad intelectual que tanto gustan a la academia neoliberal y neocolonial.

En una estación de autobuses de regreso a la ciudad, intenté hacer válida mi credencial de la UVA para el descuento vacacional. La credencial dice "Tallerista" (aunque nos llaman "profesor") y la chica del mostrador dijo que no podía aplicar el descuento porque no era maestro y que debía decir "profesor" o "docente". Le expliqué que un tallerista es un profesor que enseña. No me creyó. Al escribir esto pienso que en realidad el escalón más bajo en la pirámide académica (o quizás ni siquiera llegamos a eso) somos los talleristas. No obstante, al ser tallerista en la UVA, uno sabe que pertenece a un espacio donde se tejen otras relaciones y el aprendizaje tiene libertad verdadera.

Escrolleando en mi cel, me encontré un meme con la imagen de un gallo fumando que decía: "Sabes quien si me caga we? Algunas personas de la clase media intelectual que creen que sus gustos culturales, son superiores a los de la clase obrera, considerándolos trillados, ilegítimos, estandarizados. Buscan la distinción de su clase sobre las cosas comunes y eso me molesta". Al leerlo, sonreí y abordé mi autobús de regreso a la ciudad para iniciar un nuevo ciclo en la UVA.



En total sintonía

Lya Díaz Mercado Nagore

Un gran portón —cuyos espacios dejan ver el sendero ancho del interior— da la bienvenida y muestra lo verde en sus medianos espacios, plantas y flores que los amantes de la botánica y la naturaleza sembraron en equipo, guiados por una especialista.

Nuestra amiga percibe el aroma, deja sus huellas lerdas al paso de su encorvada figura. Se detiene, hace una pausa, apoya su bastón en la pared y muestra su identificación para acceder al otro lado de los grandes ventanales que reflejan su figura. Saluda a la bibliotecaria, sigue el camino que sabe de memoria, observa las paredes cargadas con ilusiones e historias en cuadros que sus asiduos han inyectado. Ingresa al cuarto de los servicios, en donde las responsables la saludan con cordialidad, se lava las manos y sale. Se sienta en

la banca naranja, deja a un lado el bastón, el tapete que auxiliará su espalda, desmonta los espejuelos de su cara y guarda su sudadera. Desata los lazos para liberar sus pies y espera hundida en sus pensamientos.

De pronto, la distrae el saludo de sus compañeros y el llamado de su guía que abre la puerta para recibirlos con ejercicios de salud física, como lo hace tres veces a la semana. Descalza y de espalda en el piso desvanece su mirada. Sus ojos se cierran al escuchar los acordes emitidos por suaves instrumentos, acompañados con notas largas, para ella, dulces. Entonces, se encuentra con el Principito, observan juntos la galaxia y disfrutan del titilar de las estrellas y del azul de la atmósfera. Acogida por la voz profesional que le indica cómo mover su cuerpo, respira por la nariz y saca aire por la boca. Ahora, la música la lleva a Arabia; sigue su camino onírico sin parar su movimiento y llega a un bosque donde escucha cantos gregorianos.

Se detiene junto a ella un hombre que dice: —Coloquen los brazos en línea recta, hacia arriba, a la altura de los hombros— lo que la hace regresar de su sueño. Es el instructor. Las vibraciones de su corazón acompañan los compases del bajo y los tambores que indican el esfuerzo de su cuerpo, suda. La pausa corporal le permite escuchar los estacazos de los guantes de box que vienen de otro salón. ¡Tas, tas, tas!, estampados con fuerza y velocidad de un atleta fortachón que golpea el costal o la pera. La fuerte y precisa voz del entrenador se confunde con las risas de sus aprendices; en un segundo le viene el recuerdo de aquella clausura cuando subió al ring del deportivo en Tepito.

Echó el tiempo más atrás, en lo que estiraba el cuerpo al ritmo de la música que asoció con capoeira, taller en el que nunca logró colocar su cabeza sosteniendo el cuerpo patas para arriba recargadas en la pared. Vuelve al presente, aumenta la fuerza del cuerpo conforme avanza la clase. Evoca sin pretenderlo, los talleres donde logró escribir esos cuentos plagados de sueños inverosímiles, esos versos llorados que aplacaban su pasión. Su cuerpo le grita: *¡Sigue, sigue! ¡Tú puedes, es por tu bien!, ¡hacer pilates te hace fuerte!* Treinta segundos de reposo le bastan, como pájaro que regresa al nido, para pasear y escudriñar otros talleres en su memoria. Hilados de tejidos en telar de cintura, sueños bordados en mantas, fotografías que motivan sus escritos, los juegos de *clown*, las abuelas cuentacuentos, otras haciendo magia. *¡Tantos años y tan bellos recuerdos!*, se dice.

La música que acompaña sus movimientos, ya está a todo lo que da, se siente Superman por la posición de brazos y piernas estiradas. Los tonos se apaciguan y la música se vuelve lenta. De a poco se van incorporando ella y las demás alumnas. De pie, aún con los ojos cerrados, respiran, exhalan, meditan, se mueven y aplauden. *¡Lo logró!*, se felicita. Ve los rostros de sus compañeras despeinadas, todas sonriendo. Con pasos ligeros y sin ayuda del bastón, se conduce al baño. Alguien se despide: —¡Hasta luego, chica! Nos vemos en la clausura—.

No responde, sólo vuelve a sus recuerdos, a la ilusión de gozar nuevamente la festividad de fin de este quinceavo ciclo, del talento espontáneo de aquellos niños y adultas que en cada término exponen su arte. El pequeño mundo idílico en que nos vinculamos por medio del arte unidos sin importar edades, sexo y prejuicios. Lava sus manos. Se ve en el espejo. ¿Es más joven? Se siente no sólo lista para iniciar el día —como dicen sus profes— ¡se siente lista para una nueva vida! Detiene su salida del baño para despedirse de sus afines, mientras va dejando al paso niños que corren y juegan a carcajadas por el pasillo.

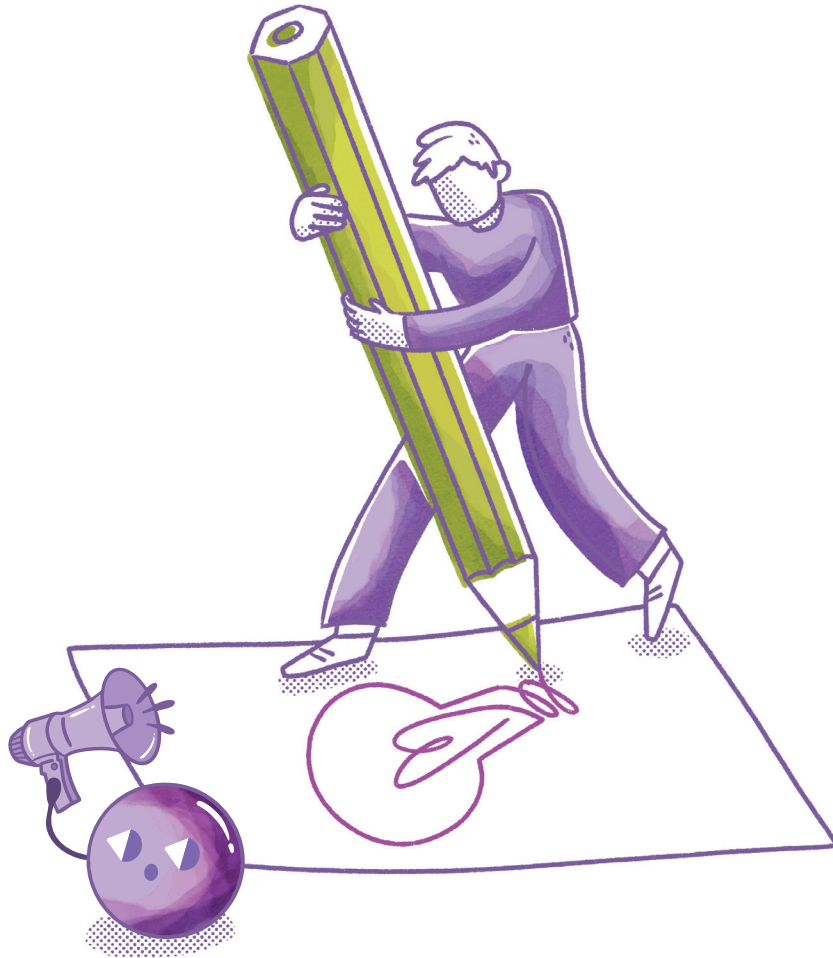
Llega a la Morada, se asoma y observa a mujeres y hombres empacar sus tapetes, a simple vista se ven alegremente cansados. Entra. Se acomoda entre las pequeñas gradas. Revive los cantos flamencos con los que acompañaba a los bailarines ahí, y que replicaron su arte el “Día de la danza” en nuestra alma máter, la UNAM. Siente los aplausos, la alegría de esos grupos acompañados con los orgullosos padres y madres que compartieron su amistad. Rememora las presentaciones de canto, de guitarra, danza aérea, de bailes de salón y de aquellas talleristas de caderas libres. Tantos eventos que la trascendieron, como aquella bailarina de flamenco que al girar con fuerza se lastimó la rodilla, motivando a los espectadores a despedirla entre aplausos, flores y llanto. O, la presentación abierta al público, hace trece años, en el que adultos narraron pasajes de su vida y fue editada por la UVA. El Seminario Plataforma LCD, “Encuentro de formadores”, organizado por el Sistema Educativo Nacional y el Centro Cultural España. También la mención otorgada tras la convocatoria para escribir inspirados en un artista que presentó su obra plástica en el lobby de la UVA.

Tantos recuerdos. Suspira y sonrío. Cubre la espalda con su sudadera, sale del vestíbulo y se dirige a la cafetería como lo ha hecho tantos años. Se acerca al mostrador. Le preguntan: —¿Qué se te ofrece?— Se sienta en una de las sillas que rodean una mesa. Voltea hacia el mostrador y le pide a la chica que atiende que le dé un café, por favor. La joven, se acerca con la taza y le pregunta: —¿Vienes sola?—. De momento se siente niña o tal vez ¿jovenzuela? Le da un sorbo al café caliente. Por el corredor, bajando las escaleras, pasan niños con sus madres haciéndole la seña de despedida y ella responde esbozando una sonrisa, agitando su mano izquierda. Da otro pequeño sorbo al café mientras observa a otros niños que suben y bajan los escalones que se encuentran frente a las mesas. Sus carcajadas invaden el lugar, gritan alegres, se apean a las madres pidiendo agua o una golosina.

Disfruta lo que observa y se siente igual. Ha pasado media hora, se termina el café que le parece delicioso y pide la cuenta. Se cuelga su tapete, se enfunda la gorra, guarda sus espejuelos, coloca el bastón bajo su axila y, erguida y con paso apresurado, se despide sonriente de todas las personas que encuentra a su paso y también de la UVA. *Estás en total sintonía con mi vida, soy parte tuya, ¡feliz aniversario!*

Entonces, se aleja perdiéndose entre los edificios que circundan la zona habitacional y las ruinas de Tlatelolco.

15 de julio de 2025



Imaginate

Hugo Martín Flores Hernández

¿Te imaginas un lugar donde puedas aprender, expresarte y comunicarte a través del arte de manera libre y respetuosa? ¿Te imaginas a personas con diversas formas de pensar y de ser, deconstruyendo la expresión artística? ¿Te imaginas que las actividades y expresiones artísticas puedan ser un medio para intervenir y cambiar los diversos escenarios de la vida?

Ahora imagina que ese lugar, esas personas, esas actividades y ese arte se reúnen para ti en la Unidad de Vinculación Artística, también conocida como UVA. Sus talleres de expresión artística promueven la creatividad y el amor al arte, por lo que es una gran oportunidad para trasladar los aprendizajes adquiridos a tu vida cotidiana.

Caminando por sus instalaciones he tenido la oportunidad de conocer diversas actividades. Asimismo he descubierto que mi cuerpo puede ser un gran recurso para expresar emociones, figuras, escenarios, manifestaciones, momentos, diversidades de la realidad humana, deseos y proyectos sociales, es decir, muchos mundos. Estas vivencias en las actividades artísticas de cuerpo y movimiento, de creación y pensamiento, de espacio y realidad, permiten compartir una visión de la vida que se puede llevar a espacios educativos, de difusión, familiares o con amistades.

Por el rumbo de la imaginación se puede crear arte a partir del sencillo gesto de deslizar un pincel. El taller de pintura me quitó el miedo para trabajar con el pincel, la pintura, el bastidor y el corazón; descubrí que el arte es posible cuando una persona se propone expresar lo que siente.

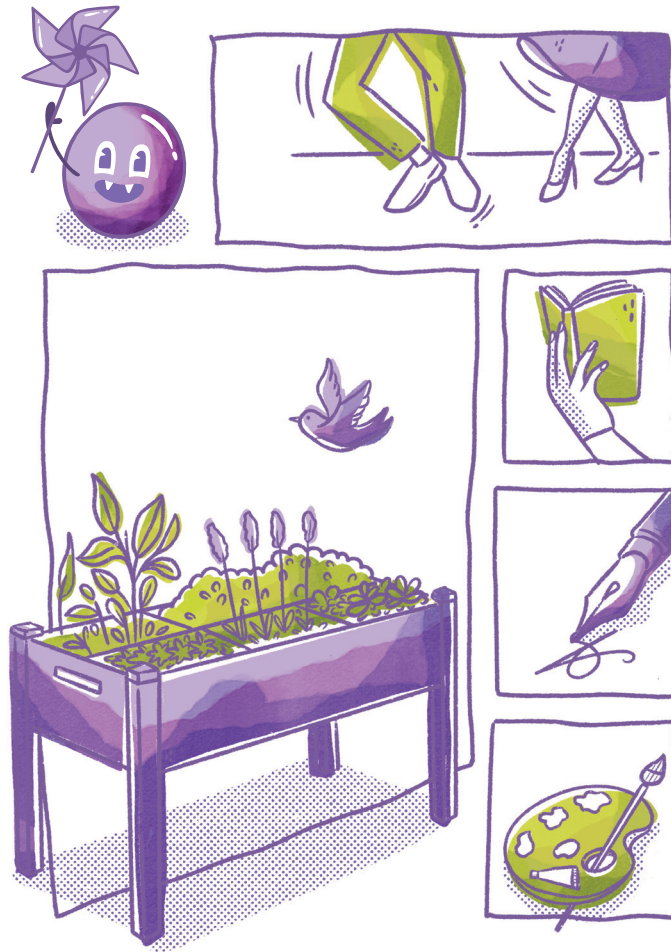
La danza para todxs abre una perspectiva sobre el movimiento del cuerpo para crear escenarios y una puerta a la construcción de igualdad en el marco del respeto a las diferencias, mismas que, más que desaparecer, se potencian en un ir y venir de cuerpos que se encuentran, reencuentran y van creando un lugar donde todxs bailan el mismo ritmo de la vida. Todo esto es posible con el apoyo de lxs talleristas —especialistas en la trasmisión de conocimientos—, pues realizan su labor con mucho profesionalismo, compromiso y alegría, construyen arte a través del amor y el gozo de impartir un taller.

Tengo la fortuna de impartir clases en el nivel medio superior en el área de Ciencias Sociales y me he dado a la tarea de llevar mis experiencias de la UVA a las aulas; aprendizajes para promover la paz, trabajar el respeto a la diversidad en un marco de igualdad para reflexionar sobre la existencia de diferentes formas de llegar al conocimiento social desde la expresión artística. La pintura, la música y la danza se han convertido en una herramienta didáctica innovadora para las clases de mi asignatura. En el aula he retomado el movimiento y el espacio como un medio en donde podemos convivir con respeto y en solidaridad; la danza puede reinterpretar los problemas sociales como la desigualdad, la pobreza, la migración, la discriminación, la contaminación, entre otros; el movimiento y expresión corporal pueden manifestar emociones y crear soluciones a los problemas de la sociedad contemporánea.

Me he encontrado con que las corrientes sociales como la teoría del consenso, la teoría del conflicto, el estructural-funcionalismo, la teoría crítica y la comparativa, así como los diversos autores del conocimiento científico social (Marx, Weber, Durkheim, Maquiavelo, Habermas) —cuyas aportaciones a la ciencia social se pueden abordar desde la misma sociedad en tiempo y espacio, pintura y dibujo, en guerra o paz, en progreso o estancamiento— se manifiestan mediante trazos, colores y temáticas. Por ejemplo, ¿sabías que Axel Honneth, teórico contemporáneo, en su teoría del reconocimiento, destaca que la comprensión del arte interpreta la situación sociohistórica? Su planteamiento explora cómo el arte refleja el reconocimiento entre personas y grupos sociales,

siendo fundamental para la formación de identidades y para la justicia social. Así, cuando una persona se atreve a pintar, expresa su visión de la sociedad en la que vive.

Sin duda, he aprovechado los talleres que he cursado para mejorar la impartición de clases desde una perspectiva innovadora, gracias al entusiasmo de quienes conformamos la UVA. Agradezco profundamente todo el gran trabajo que realizan para la comunidad. ¡Muchas felicidades y larga vida!



La UVA mi segunda casa

Sara Delgado Soto
Alumna desde el ciclo 0 | 88 años

Hace 58 años llegué a vivir a esta Unidad Habitacional. Era muy bonito lugar por sus jardineras muy bien cuidadas y en los edificios se contaba con un policía que abría la puerta de entrada y la de los elevadores para subir. Cuando llegamos, nos encontramos con que todos los departamentos del Edificio Sonora ya habían sido vendidos; sólo quedaba el 405, que servía de muestra y que más tarde se convertiría en mi casa.

En ese entonces, yo trabajaba en la Secretaría de Recursos Hidráulicos y siempre pensaba que la vida me debía la oportunidad de aprender a bailar porque al oír música, movía mis pies.

Un día llegó mi hija Lolita (la menor) y me entregó un papel que promovía la inscripción para las clases de baile en la recién inaugurada UVA. Su presencia cambió mi vida (pues yo ya me había jubilado) y la de cientos de personas que vivíamos en la Unidad.

El primer taller al que asistí fue “Bailes de Salón” con el maestro Francisco y después vinieron muchos otros que no he perdido la ocasión de disfrutar. Hubo uno de huertos que cursé varias veces con el maestro Mauricio, el cual me animó a conseguir un área entre el kínder “Erasmus Castellanos” y el Edificio Sonora para hacer un “Huerto de Plantas Medicinales” que pudiera ser usado por la comunidad. Después de ocho años, aún existe y me ha llenado de satisfacciones.

Otro de los talleres más interesantes fue “Abuelos Cuentacuentos”, que me dio la oportunidad de leer cuentos a niños de 1º y 2º de primaria y compartir con alumnos muchas vivencias.

Últimamente he tenido la oportunidad de estar en el “Taller de Poesía” y nunca imaginé la magnitud del beneficio personal que iba a encontrar en ese taller: puedo ser otra persona y manejar mis sentimientos gracias a la ayuda de una persona con muchísima experiencia para hacerlo. Ahora estoy en el taller para aprender a pintar y ojalá aprenda muchas cosas porque los maestros que nos enseñan son grandes pintores.

Ojalá que la UVA nunca desaparezca de esta Unidad Habitacional (de 35 mil habitantes) porque en ella se encuentra amor para todas las edades, como lo demuestra mi familia y yo: Sara, la Abuela; María Dolores, la Hija; y Romina, ¡la Nieta! La UVA tiene tres generaciones de alumnas!

¡Viva la UVA!



Metamorfosis de UVA

Alma Yuridia Rangel Güemes

Sin dudar, una de las mejores cosas que he vivido en mi experiencia profesional y personal, es haber pasado por la Unidad de Vinculación Artística desde distintas posiciones: como estudiante y como coordinadora. Ahora que lo veo, en retrospectiva, resulta muy curioso la forma en cómo descubrí el sabor de la UVA.

Era el año 2007, yo trabajaba en el Museo Nacional de Arte (MUNAL) y llegó a mi escritorio una invitación a la inauguración del nuevo Centro Cultural Universitario Tlatelolco (CCUT). Yo vivía a sólo unos metros, así que me pareció magnífico poder tener cerca un espacio cultural de la UNAM.

En esos primeros años de vida, el CCUT tenía en su cartelera funciones de cine y hubo una que no me podía perder por nada del mundo, la película del *Viaje*

fantástico (recuerdo haberla visto cuando era niña y me impactó mucho). Esa fue mi primera experiencia como público.

Unos años más tarde supe que habían abierto ahí mismo un espacio dedicado a las artes donde se podían cursar talleres. Era el año 2010 y, dado que yo había estado aprendiendo tango en otro espacio, pensé que era mejor hacerlo en la UVA. Me inscribí al Ciclo 3, obtuve mi credencial y, al final, me presenté en las Jornadas de Cierre. Fue una experiencia única para mí.

Hacia 2011, terminé mi relación laboral en el MUNAL y me enteré de que había una vacante en el área de Comunicación Educativa del CCUT. Apliqué y me emocionó mucho pensar que podía ser seleccionada. Después de tres entrevistas con distintas personas, me avisaron que yo había sido elegida. Claro que comenzar mi trabajo en "Tlate" hizo difícil que continuara en mi taller de tango (era los sábados y las actividades educativas en CCUT eran el mismo día).

En 2012, fui nombrada Coordinadora de la UVA. Así como lo leen. Cada vez que lo recuerdo, me impresiono igual; no podía dar crédito a esa nueva oportunidad profesional en ese espacio que me había llenado de amor durante los ciclos que cursé. Eso es la UVA, un espacio en el que las personas, el espacio y los talleres resultan en una fórmula única desde lo amoroso, en eso que te llena el alma y cubre los espacios vacíos no sólo para el entretenimiento, el ocio o el aprendizaje, sino para mejorar tu manera de ver el mundo.

Una vez Coordinadora de la UVA, quise poner el acento en eso que uno siente, en llevar la mirada y el enfoque a la experiencia. Para ello, hubo muchos otrxs aliadxs y cómplices en el camino, gente maravillosa de la que aprendí mucho la forma en cómo la educación artística puede aportar a este fin sin quedarse sólo en el aprendizaje de una técnica o una metodología. No fue fácil, pues parecía que mi voz no se entendía o no se escuchaba como yo esperaba. La intención desde entonces ha sido que la labor del tallerista no se centre en la enseñanza del arte sino en el arte como catalizador para algo más. Quería que se supiera que la UVA no es un espacio para formar artistas sino un espacio en donde la experiencia desde el arte llega a tocar corazones, apunta la mirada hacia el descubrimiento, redirige el rumbo y fomenta la creatividad, entre muchas otras cosas.

Creo que al final, el tiempo me dio la satisfacción de saber que no erré en mi apuesta. Son muchos los casos que podría mencionar para comprobar que un proyecto de educación no formal como la UVA tiene mucho que darle a la comunidad. Por el espacio disponible, les compartiré los siguientes casos:

De las filas de talleres de danza para niñxs, había un estudiante que ciclo tras ciclo regresaba al mismo taller. La danza fue ese lugar mágico en el que cada día, con la ayuda y orientación del tallerista, yo descubría algo nuevo que después podía asimilar y proyectar. Algunos años más tarde, supe que ese

estudiante había continuado su educación dancística de forma profesional. De este modo, pienso que la UVA de alguna manera moldeó su camino. Hace poco supe que por motivos de salud dejó de bailar, pero que seguía estudiando (incluso supe que regresó a otro taller).

Otro caso es una persona que se acercó a mi oficina a pedir informes de los talleres justo cuando estábamos por iniciar inscripciones y lo primero que le pregunté fue: —¿Qué te motiva?— Dijo que quería aprender algo nuevo. Debo confesar que su respuesta no me ayudó mucho a seleccionarle opciones, así que sólo le comencé a nombrar los que recordaba y cuando le mencioné pintura, me dijo: —Pero yo ni sé dibujar— a lo que respondí: —¡Ahí lo tienes! Se trata de aprender algo nuevo, ¿no?—. Después de cursar varios ciclos (de nuevo debo destacar el papel que los talleristas tienen en estas historias) esta persona siguió pintando y aprendiendo hasta que su obra llegó a exponerse en otros espacios tanto nacionales como internacionales. En definitiva, ese no era su objetivo cuando llegó a la UVA, pero ahí lo encontró, descubrió una habilidad y la proyectó. Hace unos días, lo encontré de nuevo en la entrada de la UVA, pues había regresado a cursar otro taller, porque quería aprender algo nuevo.

La última historia (repito: no porque sea la última, sino porque no hay más espacio) se trata de alguien que comenzó sus clases de guitarra en la UVA y, motivado por su tallerista, comenzó a componer y luego a cantar. Llegó a presentarse en un espacio que llamamos “Jueves UVA”, donde, cada semana, la comunidad tenía un espacio y ahí pidió presentar sus propias composiciones. Lo maravilloso es que fue arropado por sus amigxs, talleristas y comunidad de otros talleres. Ya no he vuelto a saber nada excepto que continuó con sus estudios musicales de manera profesional.

Lo que la UVA entrega ciclo tras ciclo son oportunidades para encontrarse y reencontrarse con aquello que nos hace sentido en la vida. Ahora, desde otra trinchera del CCUT, me sigue motivando la creencia de que todos los cambios son posibles, pero no los serán si no lo documentamos, si no investigamos la labor educativa no escolarizada de forma más cualitativa que cuantitativa, para demostrar que eso que nos motiva es lo que nos permite generar cambios, potenciar lo que somos, compartir y multiplicar la experiencia.

Transformarnos desde la UVA.



Epilogo



La no escuela: Unidad

En la UVA somos *unidad* porque somos *comunidad* que se reconoce y trabaja por el bienestar de quienes la integramos, siempre en crecimiento, siempre en reconfiguración y aprendizaje. Dentro de las modalidades de estudio que ofrece nuestra Universidad, existe la que permite este ejercicio insólito con espíritu vecinal; en este caso, la educación no formal se refiere a que no emitimos un grado académico pues no estamos en un sistema escolarizado, de ahí que no seamos una escuela, lo cual nos abre un sinfín de posibilidades para el ejercicio de la educación artística liminal, expansiva, inter y transdisciplinaria y así —como en otras modalidades de estudio— trazar objetivos, organizar y sistematizar procesos, elaborar estrategias didácticas, practicar técnicas, planificar, reflexionar y evaluar, entre muchas otras acciones para enseñar y para aprender con gusto y con sentido. Al final de cada Ciclo se emiten constancias de participación que, en gran medida, respaldan saberes tan sólidos como los de cualquier escuela de educación artística profesional.

Unidad también se refiere a “singular”, “único”, como único es el interés personal de quien busca la experiencia artística y ejerce sus derechos culturales más allá del consumo. Para esas personas, la UVA tiene una oferta de más de 90 actividades entre talleres y un programa público de actividades escénicas y de mediación lectora, estas últimas, desarrolladas desde y en la primera (y hasta el momento única) biblioteca comunitaria de la UNAM, nuestra Biblioteca Alaíde Foppa, un refugio para la lectura por demás amoroso y lleno de posibilidades para cualquier edad. Trabajamos para construir un espacio seguro y atractivo y para que quien lo desee descubra que puede lograr un paso, una postura, un acorde, un trazo, una puntada, convirtiendo el hallazgo en un triunfo personal que le nutre y mejora su vida. La UVA es el hábitat del ambiente universitario en donde lo singular se construye en colectivo, en donde nos sabemos en compañía, en una comunidad de práctica que, a 15 años de existencia, apunta hacia una Cultura UVA: el cultivo de lo que se comparte.

Como actual Secretaria Académica de la UVA, es un honor y un gusto servir a su comunidad y formar parte de ella. He trabajado en la administración pública en distintas Dependencias de la UNAM desde hace más de quince años y reconozco en la UVA un espacio vivo, comunitario y amoroso, lleno de posibilidades y retos. Desde el trabajo administrativo se gestan líneas que ven su alcance en el curso cotidiano de los talleres, pues lo comunitario también se teje desde el reto de conjugar la conformación multinivel de los grupos, la convivencia y el compartir intergeneracional y la horizontalidad en la relación tallerista-participantes, orientando nuestro trabajo hacia una Cultura de Paz en donde las necesidades son escuchadas y atendidas en corresponsabilidad.

Lo institucional requiere atención a las formas, lo que implica llenar formatos, enviar oficios, gestionar trámites y procesos para que lo comunitario ocurra. En la UVA hacemos todo eso, todo lo que se necesita para que el sistema burocrático funcione en pro de quienes integran a la comunidad: pensamos en cómo nombrar al Ciclo venidero según la realidad en turno, en proponer una identidad que dialogue e invite a formar parte, en abrir una convocatoria bianual para sumar mayor diversidad a la ya significativa oferta de talleres y en organizar espacios de encuentro como las Jornadas de Cierre. ¿Qué son? Un espacio para compartir hallazgos, avances, gestos o resultados del proceso de todo un Ciclo; en junio y diciembre de cada año, las puertas de la UVA se abren para compartir y presenciar lo más valioso y que da sentido a nuestro trabajo: el ejercicio artístico y la experiencia estética, poniendo atención en el proceso más que en el resultado. El encuentro se vuelve una celebración que en muchos casos es un ritual dotado de sentido, en donde lxs participantes reconocen y valoran su individualidad y la muestran al mundo, “antojando” a formar parte: funciones, clases abiertas, activaciones, lecturas, exposiciones y demás actividades hacen que la comunidad de nuestra unidad entre en comunión. Es tal como lo expone Lucina Jiménez en *Educación artística, cultura y ciudadanía*: aprender a ser en el autorreconocimiento y aprender a hacer en el crear para la transformación del entorno, lo cual sólo se logra a partir de saber quiénes somos y lo que nos gusta aprender y hacer.

La flexibilidad y apertura que ofrece la UVA es ideal para descubrirnos y conocer quiénes somos desde la más temprana edad y en convivencia para el desarrollo de habilidades y la potenciación de talentos de manera voluntaria y gustosa, dotando de sentido a lxs participantes a través de la pertenencia y la experiencia estética.

En nuestra Unidad, que es múltiple, caben celebraciones de cumpleaños, el café con las amigas, la posada, picnics, trueques, maratones de baile y, por supuesto, celebraciones de aniversarios como la que tuvimos este año y que fue espléndida gracias a la generosidad de las personas que amorosamente colaboraron para festejar la existencia de un lugar tan maravilloso y que depende de quienes lo habitan para seguir con vida y en constante evolución.

Cada día trabajamos por que la comunidad UVA construya su bienestar a través de la práctica y creación artística y, con ello, se gesten mejores realidades cotidianas en pro del bien común.

Asunción Pineda
Secretaria Académica de la UVA

Referencias

Jiménez, Lucina. *Educación artística, cultura y ciudadanía*. Santillana, 2021.

Biblioteca Alaíde Foppa: un híbrido comunitario

Cuando este libro se publique, la BAF habrá cumplido siete años de vida. En ese tiempo, la biblioteca se ha convertido en un referente de mediación lectora con infancias y juventudes, incluso a nivel internacional, ¿cómo pasó eso?

En lugar de contar la historia de cómo se fundó, las dificultades que ha enfrentado y los reconocimientos que ha obtenido, quisiera sentarme a pensar en voz alta sobre una cuestión que me han presentado en las últimas semanas: ¿qué hace que la BAF sea “comunitaria” y no “pública”?, ¿cuál es la diferencia?

El nombre no basta. Partamos del hecho de que una biblioteca comunitaria es un tipo de biblioteca pública; no obstante suele nacer de las necesidades e iniciativas de la comunidad (no de instituciones), de donaciones de materiales y espacios según sus posibilidades y necesidades, depende del trabajo voluntario y/o autogestivo de personas que no necesariamente se han formado en ciencias de la información y sus actividades no se adhieren a programas oficiales (¡a veces hasta se organizan para darles la vuelta!). Las bibliotecas públicas, por otro lado, nacen a partir de políticas y programas gubernamentales, su mantenimiento y gestión dependen de personal sindicalizado y de profesionistas con el fin de impulsar la formación y ejercicio de la ciudadanía por medio de la garantía de accesos democráticos a todo tipo de recursos.

Visto de esa manera, es cierto que la BAF no califica como espacio comunitario en el estricto sentido de la palabra: forma parte de la Universidad Nacional Autónoma de México (y, desde su quinto año, también forma parte de su Sistema Bibliotecario de la Dirección General de Bibliotecas), de manera que, hasta cierto punto, tiene garantizado su personal bibliotecario, así como sus instalaciones, la luz, el agua, el baño y los servicios tanto de mantenimiento como de intendencia, que son imprescindibles para funcionar de manera digna; asimismo, sus programas, iniciativas y discursos han de alinearse y abonar a los ejes de trabajo establecidos por las autoridades universitarias. Con todo, es la manera en que la BAF opera y se relaciona con sus usuarios lo que la coloca en un extraño intersticio.

Aun cuando forma parte del SIBIUNAM, su formación posterior a la inauguración del Centro Cultural Universitario Tlatelolco y el adjetivo “comunitaria” la convierte en un ente atípico desde el punto de vista administrativo: no tiene las características físicas de una biblioteca universitaria y, claro está, no tiene por objetivo atender necesidades académicas, sino las necesidades intelectuales y afectivas de los vecinos de la zona sin importar edad o condición social, en cuyo caso, tampoco cumple los requisitos para que se le asigne un presupuesto

específico para formación y adquisiciones (las cuales pasan a ser, de manera automática, patrimonio universitario), por lo que sólo podemos depender de las donaciones que hace la gente y algunas editoriales interesadas en que sus materiales estén al alcance del público. Eso hace que no haya garantía de la existencia y funcionamiento de la BAF más allá de los propósitos de la administración en turno; en otras palabras, a diferencia del resto de bibliotecas de la UNAM, la nuestra podría desaparecer con relativa facilidad.

Esto no es, necesariamente, algo catastrófico, y pone las cosas en perspectiva. Por el lado de las desventajas, nuestra condición híbrida a veces se manifiesta en primeras experiencias a nivel institucional y, en consecuencia, solitarias; por el lado de las ventajas, el pertenecer a la institución desde un lugar sin precedentes (muchas veces subestimado) nos permite una libertad de acción envidiable. Sí, debemos presentar planeaciones, diseñar actividades con base en programas o efemérides y reportar cifras a diferentes instancias, PERO no tenemos la obligación de alcanzar metas específicas para justificar presupuestos y podemos experimentar con los materiales de lectura (que no sólo abarcan libros) y con las dinámicas para activarlos entre las personas usuarias: podemos sacar los materiales en cualquier momento para talleres especiales, los podemos combinar y cambiar de lugar, podemos descartar y renovar títulos tan pronto como lo necesitemos y, aunque no es deseable, podemos experimentar pérdidas sin tener que llevar a cabo largos procesos burocráticos. En ese sentido, nuestra función social es menos de preservación y más de mediación (mientras más se muevan los materiales entre diferentes personas, mejor). Aquí sí, como cualquier otra biblioteca pública, resguardamos sólo con el fin de que la mayor cantidad y diversidad posible de personas pueda tener acceso a lo que tenemos por el tiempo que sea necesario, en especial niñxs y jóvenes.

Ahora bien, en este punto la palabra “personas” tiene una carga especial pues, como espacio abierto al público, la BAF pone especial atención en comunidades históricamente discriminadas, entre las cuales se encuentran personas que no se consideran “ciudadanxs” por no ser reconocidas por el Estado (de manera que no se les permite participar de manera activa en la vida política de la nación), pues eso no las hace menos personas ni menos merecedoras del mejor trato posible. Con su credencial de biblioteca o sólo visitándonos, la gente puede pertenecer a la UNAM desde un lugar distinto. Para nosotrxs, el sólo hecho de existir es motivo suficiente para ofrecerles el mundo entero; nadie tiene que ganárselo. Eso lo aprendí en la Biblioteca Vasconcelos entre 2014 y 2018 de diferentes colegas, empleadxs y voluntarixs, en diferentes áreas: Una biblioteca al servicio de la gente debe ofrecer no sólo materiales, sino condiciones dignas para el ejercicio de la condición humana; una persona debe sentirse con la confianza de poder entrar para leer, para jugar, para distraerse, para protegerse del calor, del frío, de la lluvia, para dormir o simplemente para tomar un descanso de sobrevivir en un mundo que exige gastar y producir todo el tiempo, es decir, donde pueda entregarse al ocio en el sentido más pleno, sin culpa alguna. Porque es su derecho.

Entonces, una biblioteca viva, viva de veras, no puede instrumentalizar el silencio que controla —porque las personas deben poder leer en voz alta o que les lean en voz alta, deben poder discutir, dialogar, preguntar, recomendar o enseñar sin miedo—, sino promover el silencio que permite la escucha; a partir de una enunciación tanto implícita (en la configuración del espacio) como explícita (en el reglamento interno) de la tranquilidad como caldo de cultivo para todo lo revolucionario, una persona, sin problema, puede leer o estudiar al lado de niñxs que juegan con juguetes o que exploran libros mientras vocalizan y viceversa porque se entiende que todxs tienen derecho a estar en el mismo espacio y pueden llegar a acuerdos, ¡resulta que la comunidad puede regularse a sí misma sin la amenaza constante de castigos ¹!

Pero, ¿y si la administración cambia? ¿Y si la coordinan y atienden otras personas con otras ideas e intenciones? Cuando es la gente la que le da vida a la biblioteca, nadie es indispensable, nadie es necesario; mientras sea por el bien de las comunidades, todo mundo es bienvenido para cambiar lo que haya que cambiar.

¿Y si algún día desaparecen a la BAF?...

Sólo puedo esperar que la gente nunca la olvide y lleve sus semillas, con amor y furia, a donde menos lo imaginamos.

Áurea Xaydé Esquivel Flores

1. Y no sólo hablo en términos de convivencia, sino también de préstamo de libros: por un tiempo la BAF llegó a cobrar multas por adeudo de libros para juntar fondos extra de papelería. Por cuestiones administrativas, se eliminó dicha penalización para cambiarla por la suspensión del servicio de préstamo a domicilio por un tiempo equivalente al del adeudo sin que ello se tradujera en un aumento en los retardos o pérdidas de libros.

